

CIENCIA FICCIÓN
5 x AS
LA LEY DE ONK
PETER KAPRA

PETER KAPRA

La ley de Onk

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BUENOS AIRES

Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA

Depósito Legal: B. 10.713 - 1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Arthur Bregg tenía motivos para sentirse aplastado, hundido, acabado. El veredicto de su amigo, el doctor Vasili, era inapelable:

— No sé lo que tienes, pero has de morir.

Él tampoco sabía lo que tenía, no lo sabía nadie.

Conducía su coche distraído. La carretera era ancha y estaba despejada, cosa rara, como si ya estuviese viajando por los esotéricos caminos de la eternidad. Los faros barrían el asfalto. La noche era fría, casi gélida.

Iba a morir. Vasili no podía equivocarse. Le había sometido a toda clase de pruebas encefaloscópicas. El neurógrafo era infalible. Su mal radicaba en el cerebro.

Le había puesto un casco especial, provisto de «dedos» catódicos. Le sondeó durante diez horas seguidas, sin descanso, eficazmente. Luego le sometió a radiaciones iónicas, tipo «Swing». Al fin, decidió operarle. Por esto llevaba Arthur la señal lívida aún en la frente.

Le anestesió y le extrajo el cerebelo, dejándole durante dos horas con la cabeza vacía. Vasili era de los pocos hombres capaces de realizar una operación semejante.

Sometió su cerebro palpitante a una serie de sondeos por láser. Luego, siempre ceñudo —aunque Arthur no había podido ver su expresión durante el escrutinio—, volvió a colocarle la masa encefálica en el cráneo y efectuó la sutura electrógena.

Para no perder tiempo, Vasili inyectó a su amigo y le reavivó.

—He terminado, Arthur —fue lo primero que dijo, con un gesto maquinal.

—¿Qué?

Fue entonces cuando Vasili pronunció aquellas palabras fatídicas:

—No sé lo que tienes, pero has de morir.

No había apelación a la sentencia. El enfermo entornó los ojos y creyó verse en la oscuridad eterna e incognoscible del más allá. Luego como si las tinieblas le aterraran, abrió inmediatamente los párpados.

Vasili continuaba mirándole inexpresivamente.

—Vuelve a tu casa… Arregla tus asuntos, Arthur. No tienes mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—No lo puedo precisar. Unos días… Tal vez horas.

—¿Y no puedo saber qué me produce este dolor?

—El cerebro es un mecanismo muy complicado, Arthur. Es el órgano motor de la vida, pero posee misterios que, posiblemente, no descubriremos nunca. Tu caso es esencialmente particular. Tienes «algo» que quizá sepamos cuando hayas muerto. Ahora es imposible averiguarlo. He agotado todos los medios externos de exploración.

Vasili se cruzó de brazos impotente.

—Nada… ¿Ni una remota esperanza?

—No, Arthur. Vuelve a Cliffton. Tendrás que disponer tus cosas. Y si te parece bien, yo me ocuparé de tu cerebro después de tu muerte.

Arthur Bregg no respondió. Se incorporó. De nuevo le asaltó aquella especie de punzada interna. Fue hasta el asiento en donde había dejado su camisa y empezó a ponérsela.

Vasili le miraba con ojos entornados, inexpresivo como una máscara.

Se terminó de vestir, tomó su «overcoat» y la gorra térmica. Fuera hacía mucho frío.

—Gracias, Vasili. Puedes disponer de mi cerebro.

—Adiós, Arthur. Lo siento.

No hablaron más. Arthur salió del laboratorio universitario. Avanzó por el desierto pasillo hasta llegar a la puerta principal, por la que salió, descendiendo la rampa metálica.

Su coche estaba donde él lo había dejado por la mañana.

Penetró en él y conectó el arranque electrónico. Sin ruido, el vehículo azul se puso en marcha. Arthur no tenía necesidad de conducirlo. La «memoria» funcionaba perfectamente, accionando los mandos automáticos.

Arthur se arrellanó en su asiento, dando un nuevo grado al radiador calorífico. Sintió frío. No quería pensar. Había dado el último paso y todo se concluyó.

Era mejor recorrer las ciento veinte millas que le separaban de Cliffton. Una vez en su casa, se sentaría ante la chimenea y esperaría la muerte.

Su vida se estaba acabando.

Sin embargo, aún le quedaba la facultad de pensar. Los dolores de su cerebro no eran tan lacerantes como para impedirle recordar. Y era curioso. Ahora parecía evocar con más claridad el pasado.

Recordó el día en que murió su padre. Él había estado jugando en el jardín. Helen se asomó a la ventana y le gritó:

—Arthur, ven inmediatamente.

Él estaba haciendo un monigote con la nieve. Tenía sólo ocho

años. No conocía más que al capitán Bregg, su padre, y a Helen. Cliffton era una mansión aislada. Sabía que en otros lugares existían seres semejantes a él. Era preciso ir muy aprisa con el coche para llegar al pueblo. Arthur había estado algunas veces en el pueblo. Le llevó Helen. Resultaba siempre un viaje muy divertido.

Helen, su madre, le señalaba hitos importantes en la ruta: «Ahí estuvo Safford.»

Esto debía de tener mucha importancia para Helen. Representaba algo así como el lazo que le unía a una civilización ya desaparecida.

—¿Qué ocurrió, Helen? —había preguntado él en cierta ocasión.

—Pasó el viento y se lo llevó todo.

¿El viento? ¿Un huracán? ¿Un ciclón?

Arthur Bregg sonrió al pensar en la ingenuidad de su infancia. El viento fue de fuego. La antorcha, la bola, el caos, el fin… Todo eran nombres genéricos y extraños.

Su madre le explicó la historia cuando sepultaron al capitán Bregg detrás de la casa. Le dio sepultura la propia Helen. Phoenix estaba muy lejos. Y los ciento veintidós moradores de la ciudad no iban a dejar sus cosas para venir a enterrar al viejo capitán.

Arthur echó de menos a su padre. ¡Un gran superviviente! Con frecuencia decía tener los pulmones de acero: «¡Yo trago fuego y lo digiero!»

Era difícil pensar en su padre sin ponerse nostálgico. Arthur recordaba perfectamente la figura noble de su progenitor, cuando se sentaba ante la chimenea y le hablaba de los otros tiempos, cuando América estaba poblada de gente.

Su padre también le habló de la «bola». Lo habían mencionado los periódicos y los servicios informativos del aparato que desmontó Arthur y que, según Helen, había servido para enviar imágenes a largas distancias.

«El sol entra en un período de inestabilidad. Se temen perturbaciones alarmantes…»

El temor se confirmó y el «viento de fuego» sopló sobre la faz de la tierra, calcinador, aniquilador. Aquello había sido todo. El hombre soportaba perfectamente treinta o cuarenta grados de temperatura. De esto a mil o dos mil grados de súbito aumento había un abismo que diezmó a la humanidad, dejándola reducida a un exiguo número.

—Quizá seamos trescientas o cuatrocientas personas en todo el mundo —había dicho Helen en una ocasión.

Arthur no comprendía. ¿Qué le importaba a él lo que había sido el mundo y lo que ya no era? Su vida estaba hecha al frío. Sólo conocía la nieve.

Y Helen también murió un día.

Le llamó, al despertarse. Él tenía doce años. Ella no le contestó. Se puso la bata y conectó las pilas, transmitiéndose el calor a su cuerpo casi en el acto. Fue a la habitación de Helen y se le encontró en el lecho, bajo las mantas térmicas, en rígida postura. Era joven aún, y muy bella. ¡Pero estaba muerta!

Arthur se echó a llorar. Helen era la única compañía que contaba en su aislado mundo. Su pérdida significaba mucho para él, aunque sabía que podía suceder tarde o temprano.

Por ello se fue a Cliffton. Enterró a Helen, cerró la casa y desconectó la pila que producía la energía, y, tomó el coche. Hubo de viajar despacio. La carretera, como siempre, estaba cubierta de nieve helada. Fue preciso utilizar los «fundidores de nieve». Él no sabía cómo funcionaban. Sabía que, apretando un botón sobre el panel, algo así como invisibles chorros de calor licuaban la nieve en la carretera. No podía ir a más de diez millas. La «memoria» del coche trabajaba perfectamente.

Y en menos de dos días llegó a Phoenix, donde estaba la Universidad. Allí parecía reinar el profesor Kiwing, un hombre de edad. El más viejo y respetado de todos. Su hija Colly se había casado con el doctor Vasili. En Phoenix sólo había ocho mujeres y ciento catorce varones, en su mayor parte, niños, como Arthur, poco más o menos. Habían nacido todos después del paso del viento, Colly, empero, era algo mayor. Se salvó, junto con su padre y el señor Blemberg, permaneciendo una semana metidos en un refugio atómico muy bien preparado.

Arthur recordaba perfectamente cuando llegó a Phoenix y penetró en el vestíbulo de la Universidad. Allí estaba una parte de los miembros de la comunidad. Jóvenes que le miraron con recelo.

—Soy el hijo del capitán Bregg —dijo.

El profesor Kiwing había conocido a su padre. Se le acercó y le puso la mano en el hombro, preguntándole:

—¿Necesitas algo, hijo?

—Mi madre ha muerto, señor.

Las lágrimas asomaban ya a sus ojos. Pero nadie se compadeció de él. No existía el sentido de la compasión, ni la lástima. No había sentimientos. Kiwing así lo exigía. Para sobrevivir en un medio hostil e ingrato había que ser duro…

¡Y Arthur amó demasiado a Helen y al capitán para ser duro!

* * *

Los recuerdos de Arthur se borraron súbitamente, cuando los faros del coche iluminaron el cuerpo tendido a un lado de la

desierta carretera, a ambos lados de la cual se alzaban los muros de nieve que el continuo invierno iba acumulando.

El hecho de que la cinta de asfalto estuviese limpia obedecía a un motivo primordial. Arthur se había enterado por Vasili. Procedente de Europa, la ignota, distante, insólita y desconocida Europa, habían llegado cuatro individuos. Cruzaron el helado Atlántico en coche, atravesaron el continente y ahora estaban en Phoenix, donde Arthur había vivido durante quince años, aprendiendo a sobrevivir.

Él había visto la carretera limpia al ir a ver a Vasili. Ahora, a su regreso a Cliffton, sobre el helado asfalto, había un cuerpo tendido.

Alargó la mano y presionó el botón del freno.

El coche, que ya se había desviado y enderezado al «captar» el obstáculo, fue a detenerse cosa de ciento cincuenta metros más allá de la figura postrada. Inmediatamente, accionando el retroceso, Arthur detuvo el vehículo y saltó al suelo, inclinándose sobre la figura inerte.

Boqueó, aturdido, al ver un rostro de mujer cubierto con una tela transparente y flexible. Las ropas de recia fibra que la cubrían eran desconocidas para Arthur, y sus manos, blancas y de rosadas uñas, también estaban protegidas con aquella rara tela transparente, formando una especie de invisibles mitones.

Por la nieve que había cerca del cuerpo, Arthur dedujo que la joven, puesto que representaba una muchacha no mayor de veinte años, se había caído de lo alto del parapeto, haciéndose daño.

Al escuchar su corazón, Arthur comprendió que vivía. Y por este motivo, la levantó en brazos y la depositó en el asiento extensible que había al lado del suyo. Puso entonces el coche en marcha y abrió un par de grados la calefacción interior.

Mientras el vehículo rodaba por la desierta y limpia carretera, Arthur se iba preguntando quién podría ser aquella joven. ¿No se trataría de lino de los europeos llegados a Phoenix la víspera, para confraternizar con los supervivientes americanos? Y si no era uno de ellos, ¿de dónde salía? ¿Cómo había llegado hasta aquel desértico lugar?

Las ruedas metálicas del coche giraron velozmente sobre el asfalto. El calor que producía el pequeño reactor nuclear, situado detrás, junto a la caja de cambios, llenaba intensamente el cerrado vehículo. Era casi asfixiante.

—Hubiese sido mejor regresar a la Universidad —se dijo Arthur, sin dejar de mirar a la joven.

Sus pensamientos eran otros. No quería morir solo. Le quedaban horas solamente de vida. Vasili se lo había dicho. Y él quería morir en Cliffton, para yacer cerca del capitán Bregg y de Helen. Era justo.

Aún tardaría mucho en llegar a su casa. Quizás el camino estuviese cortado. Pero el coche se abriría paso entre la nieve, hasta llegar al garaje.

¡Santo Dios, qué bonita era aquella muchacha!

Arthur sólo podía verle el rostro y las manos. Su cuerpo estaba perfectamente oculto por las extrañas ropas grises. La capucha era más rígida y debía contener resistencias térmicas, como, posiblemente, las llevaría debajo de aquella especie de buzo gris.

Arthur no necesitaba prestar atención a la carretera. El coche se conducía solo. Pensó en dar brandy a la joven. Llevaba un fuerte «Grogger» en el maletín, que era algo así como fuego líquido. Pero no supo cómo quitar la máscara transparente que cubría el rostro de la joven. Tiró con fuerza, para romperla, y no fue capaz de hacerlo. Tampoco tenía cierre, cremallera o algo para descorrerlo. Parecía como si lo hubiesen soldado a la capucha, después de puesta ésta.

Sin embargo, debido, quizás, a las sacudidas que le dio Arthur, intentando quitarle la máscara, la joven emitió un gemido y se agitaron los nervios ópticos, abriéndosele los párpados.

A la luz interior del vehículo, Arthur pudo ver unas pupilas azules que le miraban con fijeza. Luego vio moverse también sus labios y escuchó unas palabras Que no fue capaz de entender.

—No tema —se apresuró a decir él, retirándose instintivamente, al ver que ella hacía el gesto de incorporarse—. No le haré ningún daño.

Ella también habló, con su extraña lengua, y se Sentó, volviéndose a él con sus ojos azules muy abiertos. Sus labios estaban recobrando rápidamente el Color rosado y a sus mejillas afloraban dos rosetas, prueba que la intensa calefacción del vehículo la reconfortaba.

—Soy Arthur Bregg… La he encontrado tendida en la carretera.

La muchacha dijo algo que sonó en los oídos de Arthur como una exclamación seca. Su voz, empero, era dulce, humana y grata.

—Siento que no pueda usted entenderme. ¿No sabe nada de mi lengua? Hablo inglés… ¡ In-glés!

La joven sacudió la cabeza negativamente.

— Es una verdadera lástima, créame. Uno no anda muy sobrado de compañía. Y usted parece un ángel caído del cielo. De todas formas, debe de haber algún medio para que nos podamos entender.

Ella movió extrañamente la cabeza, efectuando una especie de círculos, hacia arriba y a los lados, a la vez que profería algunas incomprensibles palabras.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Arthur, desalentado.

Entonces, la joven alargó su mano derecha y tocó el brazo de él, presionando ligeramente con los dedos, como si quisiera decirle

algo por medio del tacto.

Arthur sonrió. La muchacha sonrió también, con infinita gracia.

Pero en aquel mismo instante, se reprodujo en su cerebro la terrible punzada y el semblante de Arthur se contrajo con una mueca de intenso dolor, tornándose pálido de angustia.

La joven habló aprisa, con su lengua cantarina y musical, sin que esto sirviera de alivio al hombre, quien creyó llegado su último instante de vida. No fue así, afortunadamente, y el dolor se aplacó, dejándole aturdido y nervioso.

La muchacha, mientras él se reponía lentamente, le tocó el rostro y le miró a los ojos con fijeza.

El contacto de los extraños guantes, parecidos al celofán, produjo en Arthur una sensación rara. Era evidente que su cambio súbito de expresión, al atacarle el dolor, intrigó a la muchacha. Sin embargo, en vez de apenarse ante el sufrimiento de él, sonrió.

Luego, se pasó la mano por el costado… ¡Y la mano, con el curioso guante y todo, desapareció entre las fibras de su ropa, como si hubiese llevado allí la ranura de un invisible bolsillo!

Así debía ser, efectivamente, porque al sacar la mano, llevaba un envoltorio achatado, envuelto en lo que parecía ser una tela blanca. Con gestos rápidos, la joven desenvolvió el objeto que resultó ser algo semejante a una pitillera, color verde transparente. La abrió en dos mitades y en su interior aparecieron una serie de tubitos delgados y de colores distintos, como una serie de cargas de bolígrafo de diferentes tonalidades. Sin embargo, había colores que Arthur no conocía ni había visto jamás en su vida.

Ella tomó uno y se señaló la boca.

Arthur comprendió que debía tomarse el contenido de aquel tubo. Sacudió enérgicamente la cabeza, diciendo:

—No… ¡Ni mucho menos! ¿Qué es eso?

La joven se señaló la cabeza insistentemente y también tocó la frente de Arthur, diciendo algo incomprensible para él. Luego insistió en que Arthur se tomase el contenido del tubito. Allí no podía haber más de un par de gramos de alguna rara sustancia.

—¿Quieres que me tome esto? ¿Qué es? ¿Para qué sirve? Mi mal está dentro del cerebro. Estoy irremisiblemente condenado a morir. Lo sé. Y no debo tener miedo a la muerte. Es una liberación total. Escaparé del frío, de la soledad, del silencio… ¡Iré a reunirme con Helen y el capitán Bregg!

Sin embargo, pese a su firme propósito, Arthur terminó llevándose el delgado tubo a los labios. La joven que había encontrado tendida en la carretera le indicó que debía chupar, uniendo los labios y fingiendo absorber algo.

Así lo entendió Arthur y chupó del tubo, sintiendo un suave

frescor al paladar.

La joven, mirándole, sonreía.

—¿Qué es esto?

Ella sonrió, mostrando sus blancos dientes detrás de la máscara transparente. Luego realizó con la cabeza los círculos, que ya había hecho anteriormente, y habló unas palabras.

Por vez primera en su vida, Arthur Bregg escuchó el nombre de Tenxio. Su significado no lo comprendería hasta pasado algún tiempo.

—¿Se trata de una medicina? ¿Acaso has visto en mis ojos la enfermedad que me aqueja? No, no puede ser. Todo son figuraciones mías. Sé que voy a morir. Me lo ha dicho Vasili, cuya ciencia es notable. ¡Pobre muchacha!

Debía compadecerse de sí mismo, mas estaba ya habituado a la idea de la muerte. Por eso lamentaba irse, dejando allí a la joven, cuyo lenguaje no podía entender.

—Vivo en Cliffton… Vengo de Phoenix, donde habita una colonia de seres como yo. Hubiese sido mejor quedarme allí, y morir entre ellos. Vasili desea estudiarme el cerebro. ¿De qué le puede servir? ¡Pobre Vasili! Es médico y carece de enfermos. Ni siquiera tiene animales para estudiar en ellos. Posee, eso sí, muchas máquinas y aparatos, que construyen en la Universidad. No hacen otra cosa más que estudiar.

»Yo me hubiese quedado allí, pero Colly no me quiso. Y es penoso ver a los otros acompañados de sus mujeres, de sus hijos, con sus familias. Yo no tengo ya familia. No la tendré nunca, porque aunque tú seas bonita y yo te haya encontrado, no puedo hablar contigo. No sé quién eres.

»Y, además, voy a morir.

—M-o-r-i-r —pronunció la muchacha, lentamente, con una sonrisa.

—¡Sí, morir! Ésa es la palabra. Voy a morir pronto, aunque tú hayas querido aliviarme con esa droga.

Arthur Bregg ignoraba que su muerte había sido conjurada por la muchacha. Ya no moriría, porque ella había visto en sus ojos la enfermedad, y le había dado el remedio.

CAPÍTULO II

En otras circunstancias, Arthur Bregg se hubiese detenido en el cruce, habría fundido la nieve y habría ido a Cliffton, el pueblo sepultado bajo el manto blanco que se encontraba en el valle. Era necesario practicar un túnel bajo el hielo, y para ello sólo tenía que poner en funcionamiento los fundidores de nieve.

Tenía cierto aspecto peligroso. El túnel se hundía con frecuencia, en determinados sitios, quedando el coche azul enteramente cubierto de nieve y hielo. Arthur no perdía la serenidad y esperaba. El mismo calor del vehículo fundía la nieve, quedando pronto liberado. Entonces continuaba hasta el pueblo sumergido.

Conocía el lugar donde estaba el almacén de Simpson. Se abría paso hasta él y abría la puerta. Una vez dentro, provisto de una linterna eléctrica, tomaba las provisiones que necesitaba. Todo estaba conservado perfectamente. Parecía mentira, la verdad era que todo el mundo estaba convertido en una inmensa nevera.

Durante años, se había suministrado de provisiones en aquel almacén. Allí tenía conservas alimenticias, vitaminas y hasta frutas frescas. También tenía una despensa» de carne fresca en el matadero, lugar que le enseñó una vez Helen. Aquello era un enorme y colosal bloque de hielo. Era preciso utilizar la piqueta para extraer la carne allí almacenada durante años.

Pero, aquel día, Arthur no quiso pasar por Cliffton, sino que se dirigió directamente a su aislada mansión. Los motivos eran obvios. La joven que le acompañaba era uno de ellos. El otro era su enfermedad.

Durante las últimas horas del viaje, los dolores no se habían reproducido. De vez en cuando pensaba que cuando le asaltara de nuevo el dolor, sería para dejarle aniquilado definitivamente. Era posible.

—Ya estamos llegando a mi casa —habló, al modificarse la trayectoria del vehículo.

El camino era más angosto y estaba dificultado por la nieve. El agua fundida al salir, el día anterior, ahora se había solidificado y formaba curiosas ondulaciones.

Sin embargo, al extremo de la zanja de nieve e hielo, había un claro verde y en el centro estaba la casa de piedra, bonita, limpia y bien construida. El hecho de que su casa no estuviese cubierta de

nieve y hielo, como las casas de Cliffton, obedecía a una instalación de calor infrarrojo que el capitán Bregg colocó en distintos lugares del edificio.

Aunque cayera la nieve, se licuaba en un radio de diez o doce metros. El agua era recogida en unos embudos y se utilizaba para distintos usos, o bien era disuelta y convertida en vapor por el reactor situado en el sótano.

Arthur salió del coche. La temperatura en el jardín era agradable, gracias a las radiaciones infrarrojas.

Detrás de él salió la joven. Era un poquito más baja que él, un poco torpe de movimientos, pero la belleza de su rostro compensaba incluso la incomprensión de su lengua.

—Ésta es mi casa —dijo Arthur, ufano.

—C-a-s-a —repitió ella, mirando a todas partes con admiración, para añadir—: C-a-s-a.

Entraron. Todo estaba exactamente igual como Arthur lo había dejado, excepto que la chimenea estaba apagada. La chimenea era una especie de símbolo. Arthur podía calentarse en los radiadores, que templaban perfectamente el ambiente, sin embargo, la chimenea siempre estaba encendida. Era como un símbolo de vida en un mundo de frío y muerte.

Representaba también un trabajo para Arthur, pero siempre lo hacía con gusto. Su madre le dijo un día: «Mientras tengas calor, tendrás vida, Arthur». Y él se abría paso entre la nieve, llegando hasta el bosque y arrancando de la nieve el carbón que necesitaba para su chimenea.

Y precisamente, por estos motivos, Arthur encendió la chimenea en cuanto entró. Eran troncos de carbón. Los bosques quedaron carbonizados cuando pasó la «ola». Luego, los cubrió la nieve. Por eso los troncos eran negros. Estaban en un depósito, junto a la chimenea. Arthur empujaba una palanca y caían tres o cuatro. Había una resistencia bajo las cenizas. Se encendía y, poco a poco, los troncos de carbón se impregnaban de fuego, surgiendo el grato rescoldo que Arthur tanto gustaba de admirar por las noches, al sentarse delante de la chimenea, una vez finalizado su trabajo.

—Aquí vivo yo. ¿Cómo te llamas?

La joven sonrió, mirándole. No le entendió.

—Te llamaré Sandra. Helen me dijo que sus padres le pusieron ese nombre, pero a ella le hubiese gustado llamarse Sandra.

—S-a-n-d-r-a —dijo la joven, sonriendo con infinita gracia.

Arthur se quitó el «overcoat» térmico y quedó en suéter.

Este gesto debió comprenderlo la muchacha, al notar el calor tibio de la casa, porque pareció pellizcar, sobre el hombro, un ligero bulto que tema allí su buzo gris. Y como si una cremallera interior

se hubiese descorrido, el atuendo se abrió por los dos lados.

Admirado, Arthur vio a la joven sacar primero un brazo envuelto en una prenda azul y ajustada, y luego sacó el hombro y la cabeza, como si se desprendiera de una molesta piel. Con ágiles y graciosos movimientos, se despojó del buzo gris, la capucha y la máscara, y quedó, mostrando las bellas formas de su cuerpo bien modelado de mujer joven y atrayente, ataviada por aquella especie de «maillot» azul, que la cubría desde los pies hasta por encima de los senos.

Entonces se acercó a Arthur y, con las manos desnudas, le puso las yemas en las mejillas.

— O-da-gri-la-Onk —musitó, con voz dulce.

Algún tiempo después, Arthur Bregg conocería él Significado de aquellas palabras, así como su exacto sentido.

¡Era la ley de Onk!

* * *

Arthur Bregg no murió al día siguiente, ni al otro, tú en los días que siguieron a su regreso a Cliffton. Mi tampoco se reprodujo el intenso dolor de su cerebro. Por este motivo, subió al cabo de varios días al piso alto, donde tenía la estación de radio y llamó a Phoenix, tardando más de media hora en establecer contacto con el doctor Vasili.

A su lado, como siempre, estaba Sandra.

Al fin, no sin haber perdido considerable tiempo, uno de los estudiantes de la Universidad contestó a su llamada.

—Aquí Jones, de la comunidad de Phoenix. Hable, Bregg.

—Escucha, Jones. Deseo hablar con el doctor Vasili. ¿Puedes comunicarme con él?

—Sí, desde luego. Confieso que me ha sorprendido oírle. El doctor Vasili pensaba ir a Cliffton uno de estos días. Nos dijo que tenía usted una dolencia cerebral incurable.

—Se equivocó, Jones. Todavía estoy vivo. Y me siento mucho mejor. Quizás fue debido a su exploración. ¿Dónde está Vasili?

—En su casa. Le pondré en comunicación telefónica con él.

Efectivamente, después de unos instantes de silencio en el altavoz, la voz de Vasili llegó hasta Arthur y Sandra, un tanto sorprendida.

—¿Eres tú, Arthur?

—Sí, Vasili. Creo que te equivocaste en tu diagnóstico.

—¡No puede ser! ¡Es inaudito!

—Pues sigo vivo. Creo que tu reconocimiento debió de hacerme algún bien. No encuentro otra explicación.

—Desde luego, me alegro infinito. Iba a ir a Cliffton dentro de unos días. Pensaba recoger tu cadáver y hacerte una trepanación… ¡Insólito, Arthur! No sabes cuánto me alegro.

—Yo también. Han llegado los europeos, ¿verdad? Encontré la carretera muy limpia.

—Sí. Llegaron mientras estabas aquí. Nos traen buenas noticias, Arthur. Son daneses y están entusiasmados con nuestros trabajos de supervivencia. Hablan de una expedición a Venus. El Profesor está con ellos, discutiendo las posibilidades de un intercambio. Sería conveniente que vinieras aquí.

—No, Vasili. Ya sabes cómo pienso. Prefiero la soledad de Cliffton. Tengo mi vida hecha a este lugar.

—La cosa va a cambiar, Arthur. Si te sientes bien y has mejorado, puede que pronto tengas una compañera. Los daneses nos enviarán mujeres. Parece que existe una colonia en Dinamarca con más mujeres que hombres. El viaje es largo y peligroso, pero mi suegro ha pensado en utilizar un avión supersónico de la base de Fort Thomas. ¡Sería estupendo!

Arthur sonrió y se volvió a mirar a Sandra. Confió que la joven no hubiese entendido aquellas palabras de Vasili.

—Ya te diré algo. Me parece estupendo.

Arthur Bragg no quería decir que ya tenía compañía.

Desde luego, Sandra no era danesa. Procedía de otro mundo, pero aún no había logrado identificarse bien con ella. Sus lenguajes eran completamente distintos y habría de pasar tiempo antes de que pudieran entenderse plenamente. Pero él no perdía la esperanza.

—Bueno, Arthur. Me alegro mucho de que estés bien. Una muerte significaba una gran pérdida en las condiciones actuales. Y hazme caso. Deja el recuerdo de tus padres y vente con nosotros. Ahora todo cambiará.

—Lo pensaré, Vasili. Saluda en mi nombre a toda la comunidad. Sin embargo, uno se acostumbra a la soledad.

—¡Hemos de sobrevivir, Arthur! Cuando nos llegue el fin, alguien debe continuar aquí. Alguna vez desaparecerán las nieves…

—Diez o doce mil años, Vasili —comentó Arthur, tristemente.

—¿Y eso qué importa? Nuestros descendientes podrán conocerlo.

—Tú tienes descendientes, yo no.

—Tú también los tendrás, Arthur.

—No me importa. Prefiero seguir en el recuerdo de mis padres. De todas formas, ya te diré algo. Por ahora prefiero seguir así.

Arthur no quería decir a Vasili que ya había encontrado compañera. Esto habría causado un auténtico alboroto en Phoenix. Todos querrían conocer a Sandra. Vendrían a verla y… Bueno,

¡tendrían que saber su extraño origen!

Además, podía ocurrir lo mismo que con la hija del Profesor Kiwing. Algunos serían capaces de luchar por ella. Arthur no quería pasar de nuevo por aquello. Hubo de pelearse con sus compañeros, enemistarse con ellos y luego regresar a su mansión. Ya sabía bastante de los hombres. La soledad era preferible.

¿Cómo iban a repartirse ocho mujeres entre ciento catorce hombres, aunque no fueran bellas?

Y Sandra era suya.

—Voy a efectuar un viaje hacia las montañas, Vasili. Estaré ausente algún tiempo. A mi regreso, pasaré por Phoenix.

—¿Vas a irte en las condiciones en que te encuentras? ¡Estás enfermó!

—No, me siento mucho mejor. Las punzadas no se han repetido —contestó Arthur, solapadamente—. Necesito uranio.

—¡Nosotros tenemos y podemos dártelo!

—Prefiero conseguirlo yo. El Profesor nos dijo que debíamos ser independientes. No te preocupes por mí, Vasili. Me llevaré la radio portátil. Si algo me ocurre, te avisaré con tiempo, dándote mi posición.

—Está bien, como quieras, Arthur —replicó la voz del doctor Vasili, a través de la radio—. De todas formas, esas mujeres pueden estar aquí dentro de unos meses. No debes perderte su llegada. Prepararemos un «jet». Paul, Andy y Moorehead irán a Dinamarca.

—Estaré allí, descuida.

Se despidieron y Arthur cerró la radio, volviéndose a Sandra, que le había escuchado sin comprender.

—¿Amigo? —preguntó ella, hablando por vez primera.

—¡No, nada de eso! Existe poca amistad entre nosotros… ¡Muy poca! Pero fingimos apreciarnos. Somos humanos.

—No… entender.

Conversar con Sandra era dificultoso. La mayoría de las palabras carecían de sentido para ella. Pronunciaba los nombres que le había enseñado Arthur con marcada dificultad. Debía comprenderlos primero y luego traducirlos a sus ideas.

Desde luego, eran seres de razas distintas.

* * *

Llevaba Sandra una quincena en casa de Arthur y estaban comiendo, cuando ella dijo, de pronto:

—Tú venir ver… coche volador.

Arthur suspendió la comida y miró fijamente a su extraña compañera.

—¿Coche volador?

—Sí. Yo venir de él… —Imitó el gesto de volar o deslizarse, utilizando la mano—. Mundo blanco atraerme.

—¿Te atrajo La Tierra?

—¿Es esto Tierra?

—Sí —Arthur y Sandra ya habían hablado anteriormente de astronomía, mostrándole él un atlas planetario, a fin de poder identificar el lugar de donde procedía la joven.

—Yo caer… Quedar aturdida, mareada… Luego, salir y caminar sobre nieve… Muchos días.

—¿Qué entiendes por muchos días, Sandra?

La joven aceptaba el nombre que él le puso, pero había dicho llamarse «Do-i-ni» o algo parecido.

—Luz y sombra… Eso… Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

—¡Muy bien, Sandra! —exclamó él—. Cuentas ya perfectamente.

—Diez días caminar sobre nieve. Yo fuerte y resistir. Luego caí y me hice daño. Al abrir «sej»… ¡ojos, eso!… Al abrir ojos, yo ver a ti.

Sandra estaba hablando a Arthur de su viaje por el espacio. Le dijo que había caído en la nieve y había abandonado su nave, para caminar, sin rumbo fijo, hasta que él la encontró, después de haberse caído por el muro de la zanja.

Ahora quería que él la acompañase a su nave. Él la comprendió perfectamente, pero no tenía ningún deseo de complacerla.

—Tú y yo ir hasta «groem»… Coche volador… Tú ayudarme a reparar «groem». Tú saber técnica.

—Hay tiempo de eso, Sandra. Debemos hablar más tiempo, comprendernos mejor.

—Yo volver Tenxio, Arthur —musitó Sandra, tristemente.

La muchacha era delicada. Arthur había podido comprobarlo. Pertenecía a otra raza y esto era sorprendente, porque Arthur ignoraba que en otros mundos existieran seres humanos exactamente iguales que él.

Este fenómeno le había preocupado desde un principio. Insistió con Sandra, intentando averiguar si ella descendía de viajeros interplanetarios salidos de La Tierra antes de producirse la «ola de fuego». Pero se trataba de algo descabellado. Sandra no podía descender de terrícolas, puesto que su lenguaje era completamente distinto a todos los que se conocieron en La Tierra.

Su cuerpo, sin embargo, no difería en absoluto al de una muchacha terrestre de dieciocho o veinte años.

* * *

Un día, dos meses después de vivir juntos, Sandra entró en la

biblioteca, donde Arthur estaba viendo una proyección científica de su bien surtida filmoteca. La joven se acercó y se sentó junto a él, sobre el brazo del sillón.

—Arthur —dijo.

—¿Qué? —preguntó él.

—Quiero volver a Tenxio.

De momento él no replicó. Apagó el proyector y se puso en pie, tomando a Sandra en sus brazos.

—¿Quieres dejarme?

—No. Quiero que vengas conmigo. —Sandra ya se expresaba casi correctamente—. Allí la vida es más grata que aquí. La temperatura es agradable y uno puede ir libremente donde quiera. Mis compatriotas te recibirán bien.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en llegar?

—A toda propulsión, un año… Trescientos sesenta días, poco más o menos.

—¿Y qué sería yo allí? —preguntó él.

—Lo mismo que aquí.

—¿Tu esposo?

—Tenxio tiene muchas mujeres como yo, Arthur. Allí vivimos en congregaciones… ¿Cómo lo comparaste tú?

—Como las abejas. Eran unos insectos muy inteligentes que vivían en La Tierra cuando habían flores y no existía la nieve. Ya me has explicado cómo es tu mundo, Sandra… ¡No me gusta!

—¡Por favor, Arthur! Sabes que me gusta estar contigo, pero mi vida carecería de sentido si no cumpliese «O-da-gri-la-Onk».

—¡La ley de Onk! —exclamó Arthur, con cierta repugnancia.

—Es nuestra ley de vida, Arthur. Moriríamos, si no la cumplimos. Cada cinco años debemos acudir al santuario y recibir la conciencia de nuestros actos. Onk nos dio el saber y la ciencia. Quien pasa el plazo y no comparece ante Onk pierde su derecho a la vida y se convierte en un proscrito.

—Imagina que no has encontrado a nadie en La Tierra, que esto es un mundo muerto y que no puedes volver.

—Eso no es cierto. Puedo volver. Si no muero, yo puedo encontrar mi nave. Tengo medios suficientes para repararla y emprender el regreso a Onk. Todas mis hermanas lo hacen… ¡Cinco años, Arthur!

—De todas formas, todavía te falta mucho.

—Debo contar con el año de regreso. ¡Te gustaría Onk! Serías de los nuestros. Un apuesto y venerable varón, Arthur. —Sandra sonrió halagada—. Nadie pensó que, en este mundo blanco, hubiese varones como tú. Sé que mis hermanas vendrán a conquistar vuestros corazones.

Resultaba deprimente hablar de aquello. Arthur sabía que en Tenxio, ciento cincuenta millones de mujeres suspiraban por un puesto dos en su sociedad.

Era sólo cuestión hormonal. Los seres de clase dos formaban parejas.

Un caso análogo al de la Tierra, en donde había más hombres que mujeres, porque la raza había desaparecido bajo el fuego de una explosión solar.

Tenxio estaba situado en los confines de la Galaxia. Quizás, por algún fenómeno singular de la naturaleza, una raza hermana o afín, nació en aquel remoto mundo. De vez en cuando, por caso raro, nacía un varón entre ellas. Y este privilegiado «rey de la colmena» podía elegir hasta ciento cincuenta mujeres de aquella ingente masa de habitantes femeninos. Todas pasaban a la clase dos. Y podían tener hijas abundantes. Era la ley de Onk.

Si una afortunada alumbraba un bebé varón, se convertía automáticamente en clase tres, o sea, hija predilecta de Onk. El dar a luz hijos varones era un privilegio excepcional, aunque el caso sólo se producía raramente. Las estadísticas sólo daban uno entre cien mil.

Sandra estaba segura de cambiar todo el sistema de Onk. Ella y Arthur podían tener indistintamente hijos e hijas. Esto era tanto como revolucionar Tenxio, como se llamaba el planeta donde nació Sandra.

¡Sandra estaba ya en estado de buena esperanza!

—¿Qué puedes llegar a ser aquí, Arthur?

—Éste es mi mundo. Puedo demostrarte que antes de la «gran ola de fuego», cuando los campos eran verdes bajo la luz natural del sol, las gentes vivían a millones. Era un ciclo natural y lógico. Tuvimos una gran desgracia y la nieve nos ha envuelto. Pero todo puede volver a la normalidad.

—Esto es un mundo muerto y frío, Arthur. Aquí lucháis sin esperanza. El sol está cada vez más frío y su débil luz se extinguirá alguna vez. Ya no habrá esperanza para nuestros descendientes.

—Sobreviviremos, Sandra. Estoy seguro. Y, por otra parte, me gustaría ir a Tenxio. Vuestra ciencia es más perfecta que la nuestra, como ha quedado demostrado con mi milagrosa curación.

—No es un milagro, Arthur. Tus ojos me indicaron que sufrías un neurosoma agudo, por infiltración de fósforo en las células regenerativas. Te administré un antídoto de sodio y te curé. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de sufrir enfermedades, ni por exceso ni por defecto.

En aquel mismo instante, un ruido fuerte llegó hasta ellos, procedente del exterior.

—¿Qué es eso? —preguntó Sandra, extrañada.
—¡Alguien viene! ¡Escóndete, pronto!

CAPÍTULO III

La puerta se abrió y aparecieron el doctor Vasili, Colly Kiwing y el estudiante Cliff Moorehead, que estaban despojándose ya de sus atuendos térmicos. Arthur forzó una sonrisa y se dirigió a ellos.

—¡Vaya una sorpresa! —exclamó.

—Hola, Arthur. ¿Cómo estás? —saludó la mujer de Vasili, acercándose y tendiéndole la mano.

Colly Kiwing era una mujer de unos treinta años, muy cuidada y hasta cierto punto hermosa, por la que Arthur había sentido tiempo atrás una verdadera pasión. En realidad, en Phoenix todos estaban hechizados por ella. De las ocho mujeres que vivían en la Universidad, era la más bonita y atractiva.

Fue causante de numerosas disputas, hasta que su padre, el Profesor Kiwing, decidió dársela a Vasili, que era su alumno preferido. Después de aquello, Arthur optó por regresar a Cliffton, a la soledad de sus infantiles recuerdos. Las otras mujeres de Phoenix estaban en poder de otros hombres y no se contaba con ellas.

—¿Y tus hijos, Colly?

—Muy bien, Arthur —respondió la mujer—. Ya tenemos cinco.

—Cinco, ¿eh? Me alegro. Perdona que no pasara a visitarte cuando fui a ver a Vasili. Ya debes hacerte cargo, ¿no?

—Sí, me lo contó Vasili. Pero ¿ya estás bien del todo? Según Vasili, te quedaban pocas horas.

—Pues ya han pasado unos meses. ¿Y qué os trae por aquí?

—Quedamos en que vendrías a tu regreso de las montañas —dijo Vasili, que se había sentado en una butaca, frente a la chimenea—. Llegaron treinta mujeres danesas. La operación fue un éxito. Hemos estado llamándote por radio, pero nadie nos contestaba.

Tampoco nos llamabas. Bueno, pensamos que podía haberte ocurrido algo. Por eso hemos venido.

—Gracias. Sois muy amables —dijo Arthur, un tanto turbado.

—El Profesor ha reservado a una chica rubia para ti —añadió Cliff Moorehead—. Aunque no lo creas, te aprecia. Yo diría que es la más guapa de todas.

—Se lo sugerí yo —intervino Colly, sonriendo—. Se llama Ingeborn Schultz y sólo tiene diecisiete años.

—Me alegra esa noticia.

—¡Valía la pena esperar, Arthur! —añadió Colly, con malicia que no pasó desapercibida para el solitario de Cliffton, quien esbozó una estereotipada sonrisa, propia de las circunstancias.

—¿Habéis empleado un avión?

—Sí —respondió Moorehead, ufano—. Fuimos a Fort Thomas. Hubimos de emplear seis coches para dejar despejada la pista. No había ningún aparato de despegue vertical. Utilizamos un reactor que estaba en perfectas condiciones. Vino con nosotros uno de los daneses.

—A Arthur no le interesan los detalles, Cliff —atajó Vasili, secamente—. Ya que estoy aquí, me gustaría efectuarte un reconocimiento.

—Me encuentro perfectamente, Vasili —replicó Arthur, con sequedad.

—Creo que a Arthur no le ha gustado nuestra visita —habló entonces Colly, intencionadamente.

—¡Qué tontería, Colly! Me he alegrado muchísimo.

—Bien, ofrécenos algo. Hemos hecho un largo viaje sólo por verte —declaró Vasili, sentándose delante de la chimenea.

Arthur fue a la cocina y abrió el frigorífico y la despensa. Estaba recogiendo unas botellas y no se dio cuenta de que Colly le había seguido y le observaba desde la puerta.

Casualmente, Colly descubrió la bandeja que Sandra había dejado junto a la lavadora de platos, por la mañana.

Por este motivo, la pregunta de ella pilló desprevenido a Arthur.

—¿Has tenido invitados, Arthur?

—¿Invitados? —se sobresaltó él—. ¿Por qué dices eso?

—Parece haber dos cubiertos en la bandeja.

—¡Oh, es que… no lavé anoche los platos! Se trata del desayuno y la cena. ¿Quién puede venir a verme? No hay nadie en muchas millas a la redonda.

Colly no dijo nada.

Arthur salió con las botellas y los vasos, y los depositó sobre la mesita. Estaba nervioso. Los visitantes podían descubrir mil detalles de la presencia de Sandra allí. Quizá le pusieran en un aprieto, si tenía que dar explicaciones. Y él deseaba mantener el secreto a todo trance.

De pronto, Vasili comentó:

—Cerca de aquí debió de caer un meteoro, Arthur.

—¿Un meteoro?

—Sí —dijo Moorehead—, lo vimos desde el avión, a nuestro regreso. Había un agujero en la nieve. No pudimos examinarlo muy bien porque volábamos muy rápidos y a baja altura. La Tierra ha perdido mucha atmósfera.

—Destacaba mucho en medio del paisaje —añadió Vasili—. Eso es lo que me han contado los muchachos. Y debe de ser interesante estudiar algo natural que produzca el calor suficiente para fundir la nieve.

—¿Dónde le viste, Cliff?

—A unas sesenta millas al oeste de aquí. Nos guiábamos por la zanja de la carretera. Nosotros no sabemos mucho de navegación aérea. Andy que pilotaba el «jet», se había desviado bastante hacia el sur.

—¿Volasteis sobre mi casa? —preguntó Arthur, sorprendido.

—Sí. Era de madrugada. Tú debías de estar en las montañas o durmiendo. Vimos perfectamente tu casa. Y a los pocos minutos descubrimos aquel hueco en la nieve. El meteoro, o algo parecido, estaba en el centro.

—Estando tú bien, creo que deberíamos acercarnos a ver de qué se trata. Tú conoces bien estos parajes y puedes guiarnos —dijo Vasili.

—Sí…, sí.

—Podemos ir mañana, si os parece bien —añadió Vasili—. Colly se quedará aquí. Hemos traído raquetas para caminar sobre la nieve. También llevamos esquíes. Todo un equipo completo.

Arthur se sentía cada vez más incómodo. Estaba temiendo que su secreto quedase al descubierto. Y casi creía saber qué clase de meteoro habían visto Cliff y sus compañeros desde el aire. No podía ser nada más que la espacionave de Sandra.

—Creo que vamos a perder el tiempo —osó decir—. No me seduce mucho realizar ese viaje.

—Mi padre desea saber de qué se trata —dijo Colly, secamente.

—Tomaremos muestras y fotografías del lugar —añadió Moorehead.

Arthur decidió cambiar de conversación. Y por eso preguntó por los daneses.

—Son muy atentos. Están en contacto con otra colonia que reside en un lugar de la antigua Rusia, cuyo nombre no recuerdo. Tienen mujeres muy fértiles, con abundantes niños. Todas han nacido después del «viento de fuego».

Arthur sonrió y dijo:

—¡Qué jóvenes!

—No te veo muy entusiasmado, Arthur —comentó Colly, bebiendo su cordial lentamente. Sonrió y añadió—. Por mí estuviste a punto de matarte con…

—¡Por favor, Colly! Aquello pasó.

El doctor Vasili sonrió.

—Nuestros antepasados se habrían mostrado celosos. Nosotros

no podemos permitirnos ese lujo. Yo tengo la suerte de poseer a Colly. Y os digo con sinceridad que, si no tuviese un hijo cada año, me separaría de ella. Por encima de mis intereses personales, está la razón de la supervivencia.

»Hemos de continuar viviendo. Hemos de vencer el frío. El sol no está apagado, Arthur. Opino como mi suegro, que el sistema está pasando por una región de la Galaxia sometida a bajas temperaturas.

—El sol produce ahora menos calor que hace veinte años —dijo Arthur, tajante.

—Perdonadme —dijo Colly, levantándose—. Voy al lavabo… ¡No te molestes, Arthur! Conozco el camino. Estuve aquí en una ocasión.

—Es que… Debe de estar todo revuelto.

—Lo comprendo. Vives solo. Es mejor que vengas a Phoenix con nosotros. Hay casas mejores que éstas, si no quieres vivir en la Universidad.

Colly se alejó, desapareciendo en el pasillo que había detrás de la escalera. Arthur estuvo un rato mirándola. Y hasta pudo compararla con Sandra. No había comparación. Años atrás, Colly podía llamarse una mujer bonita. Ahora estaba gorda, ajada y un tanto marchita. Su aspecto había cambiado.

Casi con amargura, Arthur pensó que, en una ocasión, estuvo a punto de matar a un estudiante por culpa de aquella mujer. ¡Qué contrariedad!

—Colly te ayudará a preparar la comida —dijo Vasili—. Es una buena cocinera. ¿Cómo estás de provisiones?

—No las acabaré nunca. Cliffton es una magnífica despensa. Y como estoy solo…

—No comprendo por qué te obstinas en vivir en esta soledad. Con nosotros estarías mejor. Y ahora, con Ingeborn Schultz, tendrás que venir. Ella no aceptará aislarse aquí.

—Si no viene, yo no iré a Phoenix —se atrevió a decir Arthur.

Tanto Vasili como Cliff le miraron sorprendidos.

—¿Por qué?

—Me he acostumbrado a esto.

—Creo que tomaste demasiado en serio lo que sucedió en Phoenix. Pero ya han pasado algunos años… Vamos, Arthur; no debes ser rencoroso. Aquellas circunstancias no son las de ahora. No es que haya danesas para todos, pero mi suegro te aprecia. Dice que eres un hombre apuesto y que debes tener buenos hijos…

—¡Arthur no quiere venir a Phoenix porque ya tiene compañera!

Todos se volvieron hacia Colly Kiwing, que había aparecido a la entrada del pasillo, regresando del lavabo. La declaración no pudo

ser más inesperada y sorprendente.

—¿Qué? —exclamó Vasili, poniéndose en pie casi de un salto.

—¿Dónde está, Arthur? ¿Por qué la ocultas? —preguntó Colly, avanzando hacia el grupo situado junto a la chimenea.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arthur, en voz baja.

—Contigo hay una mujer.

—¿Por qué dices eso?

—He visto en el lavabo indicios de la presencia aquí de una mujer.

—¿Es cierto eso? —preguntó Vasili, mirando fijamente a su amigo.

Arthur no respondió.

—Es rubia y tú eres castaño, Arthur —insistió Colly, inflexible.

—Está bien… Sí, no estoy solo —confesó Arthur, con desaliento —. No quería deciros nada porque…

Bueno. Ahora la veréis.

* * *

La muchacha del extraño maillot azul descendió la escalera lentamente, al lado de Arthur, mirando con sus claros ojos a las tres personas que aguardaban en el vestíbulo.

Colly Kiwing se mordió instintivamente los labios, mientras que Cliff Moorehead dejaba escapar un silbido de admiración.

—¡Diantres, Arthur! —exclamó Vasili—. Es una chica preciosa. ¿De dónde ha salido?

—Procede de Tenxio.

—¿Dónde está eso?

—En otro planeta. Lo poco que sabe hablar nuestra lengua se lo he enseñado yo… Sandra, éstos son Colly Kiwing, Vasili Koslov y Cliff Moorehead, de la colonia de Phoenix.

Sandra se acercó, sonriendo y saludó, juntando ambas manos, como era costumbre en su mundo. Inmediatamente, los tres visitantes se acercaron a ella.

—¿Procede de otro planeta? ¿Cómo llegó hasta aquí?

—¡Es una chica maravillosa!

—¿Habla algo nuestro idioma?

—Sí… Perdona… Estoy asustada…

—¿Por qué no nos dijiste nada, Arthur?

Colly miraba ceñudamente al aturdido y azorado Arthur.

—Es largo de contar. La encontré la noche en que regresaba de Phoenix, cuando Vasili me hizo el reconocimiento. Pensé que era mejor guardar silencio hasta…

—¿Y cómo ha llegado hasta nosotros? —insistió Vasili.

—En una espacionave —dijo Arthur—. Creo que es el meteoro que visteis desde el avión.

—¡Ah, qué gran noticia! Ignorábamos que hubiese algún mundo habitado por seres como nosotros.

—Estoy muy disgustado contigo, Arthur —declaró Vasili—. Estabas en la obligación de decírnoslo. Esto es más importante de lo que parece.

—Pensaba hacerlo más adelante, cuando hubiese conocido mejor a Sandra.

—¿Se llama Sandra?

—No. Su nombre verdadero es Do-i-ni. Yo le puse ese nombre porque no conocía el suyo.

—¿Cómo es su mundo? ¿Está muy poblado?

—Sí, bastante. Y, en su mayor parte, está formado por mujeres como ella —explicó Arthur, con cierta renuencia.

—¿Sólo mujeres? —se sorprendió Colly, quien no podía ocultar ya sus celos y su despecho.

Colly era un personaje importante en la comunidad de Phoenix. Hasta hacía muy poco tiempo, había sido la mujer más bonita de las ocho que vivían en la colonia universitaria. Recientemente, con la llegada de las chicas danesas, su orgullo se había resentido bastante, al dejar el trono que ella misma se creó al saberse admirada y codiciada. Esto era un duro golpe.

Pero el que asestaba la presencia allí de Sandra era mucho peor. Significaba algo así como pasar a último plano, de reina a sierva.

—Hay algunos hombres, muy pocos —continuó diciendo Arthur —. Y éstos se unen a ciento cincuenta mujeres, con la esperanza de que nazcan nuevos varones a fin de continuar la especie. Algo semejante a lo que nos ocurre aquí, pero a la inversa. Parece ser que tienen un problema hormonal o cromosomático. Sólo nacen hembras.

—¡Fantástico! —exclamó Vasili.

—Tenxio es como una gran colmena. Las mujeres de allí tienen tres clases. La primera son las «obreras», por así decir. Sandra pertenece a esta clase. Trabajan para su comunidad. Ella, no obstante, eligió el terreno de la exploración espacial y viaja por el cosmos en busca de mundos habitados y de razas semejantes a la suya.

»Y ha tenido la mala suerte de encontrarnos en estas condiciones. De haber venido hace años, cuando el mundo estaba superpoblado, la situación habría sido muy distinta.

—Aún quedamos algunos hombres sin pareja —dijo Cliff, cuya boca se le hacía agua mirando la graciosa figura de Sandra.

—Podéis venir a Tenxio —dijo Sandra, sonriendo.

—¡De mil amores! —exclamó Cliff.

—No os precipitéis, por favor —atajó Arthur—. Ignoro si puede existir impedimento para la fusión de ambas razas. Vivimos en mundos distintos.

—¡Es idéntica a nosotros! —exclamó Vasili.

—Aparentemente, sí. Pero puede separarnos un abismo hereditario —insistió Arthur—. Ésa es mi duda. Su morfología puede ser distinta.

—Resulta una compañera altamente agradable —dijo Colly, con cierto mal disimulado resentimiento—. ¡Y es tan joven! ¿Qué edad tiene?

—No he podido precisarlo. Ellas cuentan el tiempo de modo distinto a nosotros. Parece ser que sus días son más cortos que los nuestros. En comparación, Sandra tiene la edad de una muchacha de veinte años.

—Y su mundo, ¿cómo es?

—No existe la nieve. Es rojo y verde. Rojo de noche y verde de día. Esto es debido a dos soles, uno semejante al nuestro y situado relativamente próximo, mientras que una especie de lámpara roja aparece en el cielo durante la noche.

»Viven en veinte grandes ciudades, con enormes palacios de metal verde. Las mansiones son como grandes cuarteles u hospitales, donde moran las mujeres de clase uno. En otros palacios más suntuosos, habitan las de clase dos, en torno al marido. Y cuando una mujer da a luz un varón, por lo que pasa a la clase tres, o sea una especie de reina local, dispone de un santuario semejante al de Onk, donde goza de privilegios excepcionales.

—¿Onk? —preguntó Cliff.

—Es el dios de Tenxio. Dice Sandra que tiene un impresionante santuario en un inmenso valle azul. Es el creador, sumo pontífice y rey de Tenxio. Un hombre.

—¡Increíble! Ser hombre en Tenxio debe de ser algo fabuloso.

—No existen más de diez o doce. Parece ser que la vida de esos hombres es efímera y sólo se dedican a procrear. Existe la seguridad de que terminarán por extinguirse.

»Ésa es la razón por la cual me resisto a ir con Sandra a Tenxio. Ella quiere llevarme, pero mi futuro allí no es nada halagüeño. Yo prefiero que ella se quede aquí, conmigo. Si la prueba da resultado y su raza y la nuestra puede juntarse, pronto tendremos hijos.

—¿Y por qué no hacemos venir aquí a chicas como ésta? —preguntó Cliff Moorehead.

Colly Kiwing fue a sentarse en una butaca, musitando:

—Creo haber comprendido las dudas de Arthur. Esta joven pertenece a una raza que sólo gesta hembras.

—Y eso es yo que necesitamos nosotros. Hay ochenta hombres en Phoenix, treinta en Ugulsk… ¡Si tuviésemos mujeres, pronto seríamos en el mundo un par de millares; y luego nos multiplicaríamos!

—Yo tengo dos niños y tres niñas. La señora Blemberg tiene también ocho hijos, cuatro niñas y cuatro niños… ¡Pero en el pueblo de Sandra sólo nacen niñas! —declaró Colly.

Vasili se frotó el mentón.

—Unirnos a esta raza podría ser fatal. El caso merece un detenido estudio, digamos genético. No tiene caso que, dentro de unas cuantas generaciones, nuestros descendientes sean mujeres en su mayor parte.

Incluso Cliff Moorehead terminó por comprenderlo,

—Entiendo —musitó.

—No debemos tener hijos sólo por el placer de tenerlos —continuó diciendo Arthur, muy gravemente—. Hemos de pensar en lo que será de ellos.

—Estamos hablando precipitadamente —intervino Vasili—. Yo puedo reconocer a Sandra y analizar su metabolismo. Una vez conozcamos la raíz de su herencia genética, decidiremos.

—Creo que sois vosotros los que os precipitáis —contestó Arthur, secamente—. Y os haré un poco de historia para dejar bien sentados unos cuantos puntos esenciales.

»En primer lugar, en Phoenix se acata la voluntad del Profesor porque es el mayor y su palabra es sagrada para todos. Le habéis aceptado como jefe comunitario y no me parece mal.

»Pero esto no es Phoenix, sino Cliffton.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vasili, intuyendo a dónde quería ir a parar Arthur.

—Allí manda el Profesor por derecho propio… ¡Aquí mando yo!

Se hizo un intenso silencio al terminar Arthur de pronunciar estas palabras, silencio que fue roto por Colly, al cabo de unos segundos, al decir:

—Quieres tener tu propia ley, ¿verdad?

—Quiero el derecho a vivir mi vida como me parezca. Ni yo provoqué la «gran ola de fuego» ni he hecho el mundo. Sólo hago mi vida. No puedo obligaros a que vengáis a vivir a Cliffton, ni vosotros a que yo vaya a Phoenix. Vivimos en mundos distintos.

—¡Pero no somos distintos, Arthur! Somos descendientes de una misma raza.

—Nuestra raza estaba siempre disputando, Vasili. Tú mismo eres descendiente de otro pueblo. Tus padres escaparon de Rusia, refugiándose en América. ¿Me entiendes?

»El destino ha querido dejarnos para que de nosotros salga una

nueva raza… ¡Y no podemos permitir que sea peor que la anterior! ¡Ha de ser mejor, o no colaboraré en su desarrollo!

¡Arthur Bregg había vivido mucho tiempo solo y pensado demasiado en la historia!

CAPÍTULO IV

La mansión de Arthur, como quedó dicho, estaba situada en el interior de una especie de agujero enorme situado entre la nieve. La instalación de rayos infrarrojos habían fundido la nieve en su derredor, hasta una distancia de diez o doce metros en círculo.

La altura de la nieve y el hielo era considerable. Casi tanto como la altura de la casa. Se había ido acumulando durante los años, porque no existía el deshielo.

Cuando pasaran algunos años más y la atmósfera se hubiese convertido en hielo —¡quizás treinta o cuarenta mil años, nadie lo sabía!—, la nieve sería la corteza de la Tierra. Cabía, sin embargo, la esperanza, y así opinaba el Profesor Kiwing, que todo el sistema solar estuviese atravesando una región cósmica fría y luego llegase de nuevo el calor que fundiera la nieve.

Acerca de esto existían varias teorías. Una de ellas era que la «gran ola de fuego» evaporó una gran parte de los mares. Luego, al descender la temperatura, la atmósfera depositó aquel vapor en tierra, convertido en nieve o hielo. Y, por lo tanto, la atmósfera seguía siendo, aparentemente la misma.

Pero esto no era exactamente cierto, dado que los sondeos efectuados con globos aerostáticos indicaban que la ionosfera había descendido considerablemente. Y la prueba estaba en que el viaje realizado a Europa por Cliff y sus compañeros, debieron efectuarlo a baja altura. Porque a tres mil metros el frío era intensísimo y la atmósfera estaba enrarecida.

Podía tratarse de condensación de moléculas, pero el fenómeno, tuviese una explicación u otra, era evidente: a más de dos mil metros de altura no se podía: respirar bien ni funcionaban perfectamente los motores.

Los estudiantes de Phoenix intentaban desentrañar todos estos problemas, y a ello dedicaban parte de su tiempo. El Profesor Kiwing había enseñado a un grupo los misterios de la metereología y confiaban, con el tiempo, conocer lo que había sucedido en la atmósfera de la tierra.

Entre tanto, aceptaban la situación tal y como era.

Y esto mismo hacía Arthur en su aislado y solitario mundo.

Aquella noche, Arthur Bregg tenía que salir. Y lo hizo cuando todos estaban durmiendo. Sin hacer ruido se vistió y se puso el

«overcoat», calzándose las Sotas térmicas y colocándose el gorro.

Luego descendió a la planta baja. Tomó su equipo exterior, que guardaba en un cuarto-almacén, y se colgó la mochila a la espalda. Allí tenía alimentos y utensilios para poder pasar algunos días en la nieve.

Arthur tenía el propósito de llegar hasta el lugar en donde estaba el «groem» de Sandra. Y quería ir solo. Los motivos no deseaba confesarlos a nadie. Era su secreto.

Por esta razón, cuando estuvo equipado y provisto de una potente linterna, salió al exterior y se calzó las raquetas de nieve. Al hombro llevaba los esquíes, con los cuales confiaba llegar a donde estaba la nave especial de Sandra y volver antes de que se hiciera de día.

Trepar por la muralla de hielo no era fácil. Debido a la acción continua de los rayos infrarrojos, el muro blanco estaba reblandecido y escurría agua y no estaba enteramente fundido a «pico». Era irregular y desigual. Intentar subir por allí era inútil.

Sin embargo, Arthur disponía de un rayo láser muy potente, que era el mismo que empleaba cuando debía ir al bosque a cortar leña-carbón. Y existía un lugar por el que había salido de la zanja en muchas ocasiones, cerca de donde estaba el trineo. Aquél fue el paso elegido por Arthur. Sólo tuvo que disparar el láser unas cuantas veces, reblandeciendo el hielo y nivelándolo. Luego, avanzó por allí lentamente, utilizando las raquetas.

Aquel pasillo entre el hielo tenía unos cien metros de longitud, en sentido ascendente. Había caído nieve desde la última vez que Arthur pasó por allí para ir a buscar carbón al bosque sepultado.

Lo recorrió en pocos minutos. Luego, se despojó de las raquetas y se puso los esquíes, colgándose aquéllas a la espalda, sobre la mochila.

Encendió entonces la potente linterna y emprendió la marcha sobre la lisa superficie de la nieve helada, deslizándose con rapidez cada vez más creciente.

Arthur no sabía dónde estaba situada la espacionave de Sandra. Tenía una vaga idea y una referencia, a juzgar por el lugar en que encontró a la joven en su viaje de regreso de Phoenix.

El lugar debía de estar situado a unas cuarenta o cincuenta millas. Y esto no era distancia para un esquiador como Arthur, que, ayudado por los bastones, pronto se deslizaba sobre la helada superficie a vertiginosa velocidad.

Muchas desigualdades del terreno habían quedado niveladas gracias a la gruesa capa de nieve. En otros lugares se alzaban montículos blancos, que Arthur esquivaba, dando un rodeo. De no haber existido el hielo y la nieve, el viaje habría resultado más

fatigoso, debido a los accidentes del terreno. Pero ahora estaba todo casi completamente liso.

En el cielo densamente negro rutilaban infinidad de estrellas y la oscuridad, de no haber sido por la potente linterna, habría sido absoluta.

Cuatro horas empleó Arthur en recorrer la distancia que le separaba de su casa hasta el lugar donde se encontraba el cráter. Hubo de efectuar círculos y detenerse en varias ocasiones, e incluso trepar a una elevación del terreno, para encontrarlo.

Una vez allí, se despojó de los esquíes, se puso de nuevo las raquetas, y luego se acercó a la nieve reblandecida por el calor de la extraña nave negra que descansaba en el suelo encharcado, sobre la tierra firmé.

Antes de descender por el talud de nieve, Arthur enfocó hacia la bola negra que había en el centro del cráter. Era una esfera de unos cinco metros de diámetro y despedía aún bastante calor. A esto era debido la licuación del hielo.

Pero no comprendía Arthur cómo Sandra había podido salir de allí. Y esto iba a ser un inconveniente para él. Sin embargo, avanzó con cuidado y empezó a descender por la nieve blanda.

Perdió el pie y rodó por la vertiente, cayendo pesadamente al fondo. Resultó ileso y se levantó de inmediato. Le alegró ver el color pardo de la tierra desprovisto de nieve y hierba. No era frecuente ver el suelo virgen, aunque estuviese encharcado.

Se acercó a la esfera, notando el calor que desprendía. Era soportable, empero. Alumbrándose con la linterna, se acercó a la nave. La capa exterior era negra y ligeramente arrugada.

Arthur ignoraba por dónde se penetraba en ella ni cómo conseguiría Sandra despegarla del suelo, puesto que no poseía el aspecto de los cohetes espaciales que él había visto en libros y películas. Y su peso debía ser considerable.

Al acercarse, dando varias vueltas en torno a la gran bola, pudo ver, en la envolvente exterior, un rectángulo definido. Aquello podía ser la entrada. Y se acercó a tocar con la mano enguantada. El calor que desprendía le hizo retroceder.

Utilizó una de las raquetas. Y, al empujar, vio que el rectángulo se hundía lentamente, dejando al descubierto un agujero de un metro cuadrado. En la parte inferior puesta al descubierto había algo así como diversos mandos empotrados en la plancha. Se acercó, pese al calor, alumbrando con la linterna.

Sentía curiosidad por saber cómo era interiormente la nave, pero su presencia allí obedecía a otros motivos. Él pretendía únicamente inutilizar la nave para que Sandra, ni nadie, pudiera irse con ella.

Y le pareció que tales mandos serían suficiente. Por esto dirigió

hacia ellos el aparato que disparaba los rayos láser. Estaba seguro de fundir algo esencial y dejar inutilizado el mecanismo.

Efectivamente, a los pocos minutos de mantener encendido el rayo luminoso, vio surgir humo del metal y enrojecerse éste. Luego se produjo un fogonazo, que le hizo retroceder vivamente.

Al instante, la compuerta rectangular, como accionada por un mecanismo interior de protección, se cerró violentamente. Y ya no valieron medios a Arthur para abrirla de nuevo.

Sin embargo, por si su acción había sido poco lesiva, Arthur enfocó el láser contra la envolvente, a fin de practicarle un agujero. En esta ocasión no consiguió nada y hubo de desistir. No logró ni poner rojo el metal. Debía ser algo mucho más durísimo que el diamante.

—De todas formas, no creo que Sandra pueda abrir la entrada. Algo ha quedado destruido —se dijo, satisfecho de su obra.

Se puso de nuevo las raquetas en los pies y se preparó para regresar.

Y fue entonces cuando escuchó un fuerte silbido, cada vez más intenso, que le hizo mirar en derredor, sobrecogido. La esfera negra pareció vibrar y el silbido se hizo más intenso, penetrando en su cabeza como si se tratase de ondas sonoras de alto poder destructivo.

El ruido se hizo ensordecedor en pocos segundos.

Cuando Arthur quiso huir de allí, estaba demasiado aturdido para dar un paso. La cabeza le dio vueltas, la vista se le nubló y terminó por caer pesadamente sobre el suelo encharcado.

Perdió el conocimiento.

* * *

La apagada luz del sol le hizo parpadear. Fue la primera noción que tuvo al despertar. No estaba quieto. Se movía. Estaba tendido sobre algo.

Oyó voces.

—…nos lo explicará cuando se recobre.

—¿Estás segura de que se recobrará?

—Sí. —Era Sandra la que hablaba—. Le he a administrado un estimulante. Pero me sorprende que la entrada de «groem» esté obstruida.

—¡Apuesto a que ha sido él quien la ha inutilizado! —habló la voz resentida de Cliff Moorehead.

—¿Qué se proponía al venir hasta aquí, sin decirnos nada? —Esta pregunta la hizo Vasili Koslov.

Arthur movió entonces la cabeza y pudo ver a las tres personas

que tiraban del improvisado trineo, hecho con los esquíes de alguno. Habían cruzado las raquetas, colocando encima mochilas y mantas, y sobre éstas descansaba Arthur.

Casualmente, Cliff Moorehead se volvió. Él y Vasili arrastraban el trineo. Sandra, con su buzo de extraña tela gris, caminaba junto a ellos, sobre raquetas,

Y Cliff vio los ojos abiertos de Arthur. Se detuvo y exclamó:

—¡Ya ha vuelto en sí!

Todos se detuvieron en el acto, acercándose al postrado Arthur.

—Escuché un intenso ruido —musitó Arthur, débilmente.

—Debió de ser el vibrador sónico —dijo Sandra—. No comprendo cómo pudo funcionar.

—Ahora no lo oigo.

—Se paró. Tiene una duración de pocos minutos. —Debió de funcionar solo. ¿Entraste en el «groem»?

Arthur sacudió la cabeza.

—¿Para qué viniste aquí sin decirme nada? insistió la joven.

—Quería… evitar que pudieras regresar a Tenxio.

—¿Por qué, Arthur? ¿No te das cuenta de que me condenas a vivir siempre aquí?

Tanto Vasili corno Cliff miraban duramente a Arthur.

—Tengo motivos muy personales. Y no os puedo dar las explicaciones que me pedís.

Detrás de su máscara transparente, Sandra pareció a punto de echarse a llorar.

—«O-da-gri-la-Onk» —musitó.

Arthur extendió la mano y sujetó a Sandra del brazo.

—Luego te lo explicaré. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué habéis venido?

—Oímos el ruido —dijo Vasili—. Era muy fuerte, pese a la distancia. Nos levantamos todos y vimos que no estabas en tu habitación. Esta mujer nos dijo que el ruido podía proceder de su espacionave. Y por eso vinimos. Colly se quedó en tu casa.

»Te encontramos sin sentido, dentro del cráter. Sandra te ha administrado un reconfortante extraño. Y eso es todo.

—Sí, el ruido me aturdió. Empezó a sonar de pronto. Creí que me desgarraba los tímpanos… ¿Me perdonas, Sandra?

La muchacha no respondió.

—Yo no sé si tu actitud es justa o no, Arthur —habló entonces Vasili, lentamente—. Creo, no obstante, que no tienes derecho a hacer las cosas a tu modo. La llegada de esta mujer a la Tierra, aunque no opines como nosotros, puede significar un gran cambio para las vidas y la continuidad de todos nosotros.

—Deberás venir a Phoenix, donde el Profesor decidirá lo que

hemos de hacer.

—No quiero someterme a ninguna ley —gritó Arthur, empezando a incorporarse—. Nadie puede obligarme a que actúe en contra de mis principios. ¿Quiénes sois vosotros para ordenarme?

—Bien. Yo no soy nadie. Lo admito —contestó Vasili—. Tú eres libre de hacer lo que te convenga de tu persona. Pero, en el momento en que se produce un hecho que puede repercutir en nuestra supervivencia, se ha de decidir por mayoría.

—¡Se ha de hacer un cuerno! ¡Preocuparos de vuestras cosas, Seguir acatando las leyes locales de vuestro puñado de borregos inútiles y dejadme a mí en paz! ¡Cuando yo quise a una mujer, te la dieron a ti! ¡Ni siquiera se le pidió parecer a ella! ¡Era el viejo profesor quien mandaba! ¡Yo hube de morderme los puños porque no quería ser un salvaje rebelde!

»¡No os necesito, ni nunca os he necesitado!

—Bien viniste a mí cuando te sentías enfermo.

—Eso no quiere decir que aceptase vuestras normas. Yo no juré respetar los mandatos de tu suegro. Me fui de allí. ¿Por qué tenéis que venir vosotros a meteros en mi vida?

—Somos más que tú —dijo Cliff.

—El mayor número no os da la razón. Yo sólo quiero que Sandra se quede conmigo. No deseo a esa mujer que me habéis buscado. Dejadme en paz. ¡Quiero vivir mi propia vida!

—¿Con Sandra? —preguntó Vasili.

—¡Sí!

—Pues no te has portado honradamente con ella. Has querido mantenerla oculta egoístamente, sin decirnos nada. Y cuando te hemos descubierto, para que nadie pueda quitártela y llevársela a su mundo, has intentado inutilizar su nave… ¡Eres un infame, Arthur!

Ante aquel insulto, Arthur se levantó y agarró a Vasili de las ropas, con furia inusitada.

—¿Yo, un infame? ¡Los infames sois vosotros! Queréis someter a Sandra a toda clase de vejaciones, estudiarla como si fuese un conejo de indias, y hasta luego querréis quitármela, en virtud de unos conceptos que yo no comparto.

»Para vosotros no es una mujer, sino un ser de otra raza, venido aquí accidentalmente. Vosotros sí que sois infames y mezquinos. Y tú ni siquiera vacilarías en abandonar a Colly y quedarte con Sandra.

»Te conozco bien, Vasili. Eres adulador y servil. No has hecho otra cosa en toda tu vida que intentar imponer a todos la idea de que debíamos obedecer al Profesor, ¡porque tú obtenías de él todo lo que te daba la gana!

—¡Suéltame! ¡No te consiento que me hables en ese tono!

—Nadie te ha llamado a Cliffton. Vuelve a Phoenix y déjame en paz. ¡Dejadme en paz todos! No os necesito…

—Pero nosotros necesitamos a Sandra.

—¡Es mía! ¡Y al que venga a quitármela le mataré!

En el acaloramiento de la discusión, Arthur había pronunciado el verbo fatídico. Hacía años que en la tierra helada nadie pronunciaba una palabra semejante. Él lo acababa de hacer y ya no podía volverse atrás.

Cliff Moorehead separó a los dos hombres diciendo:

—Será mejor que regresemos a Phoenix. Ya sabemos lo que queríamos saber.

Arthur, furioso, deshizo el trineo y recuperó sus esquíes. Cada uno de ellos recogió su equipo. Luego, emprendieron el regreso, adelantándose Vasili y Cliff, mientras que Arthur se rezagó con Sandra, la cual no mostraba mucha pericia con los esquíes.

—No he comprendido, Arthur —dijo la muchacha—. ¿Por qué habéis tenido esas palabras fuertes?

—Porque quieren obligarme a que haga lo que no quiero.

Arthur hubo de repetir varias veces estas palabras. Ella no parecía entenderlo.

—Desean que vayamos al lugar donde ellos viven. Quieren conocerte.

—Me parece bien —dijo Sandra.

—¡A mí no!

—¿Por qué?

Arthur se detuvo y tomó a la joven del brazo, mirándola intensamente a los ojos.

—Yo quiero vivir contigo, tengamos hijos o no. Es mi vida y la tuya lo que defiendo. Mi madre hubo de vivir con mi padre sin quererle. Los unió el destinó. ¡Pero yo deseo vivir contigo porque…!

—¿Por qué, Arthur?

—¡Porque te quiero, Sandra!

Ella se quedó mirándole fijamente y luego efectuó varios círculos con la cabeza. Arthur sabía ya que este gesto significaba simpatía y afecto. Sandra, sin embargo, parecía tener muchas dudas.

—Si me quieres, ¿por qué has inutilizado mi nave?

—Para que no te vayas ni me obliguen a perderte. Nadie debe separarte de mí. Sin nave, esos hombres no podrán ir a tu mundo. No tendrán valor. Serás una de nosotros.

—Yo tengo que volver a Tenxio.

—No quiero que te vayas. Si te vas, yo iría contigo… Y me asustan tantas mujeres. Yo sólo te quiero a ti.

—Eres egoísta, Arthur —musitó Sandra, bajando la cabeza.

—Lo soy, naturalmente. Hay que serlo para vivir en este mundo en que estamos. Yo no he pedido nunca nada contra ellos. Saben que disiento de todo lo que hacen, que soy un rebelde, y por eso han elegido a la mejor muchacha danesa, de las que han traído de Europa, para comprar mi conciencia.

»Ya antiguamente, cuando la humanidad estaba superpoblada, existían ermitaños que se apartaban de la sociedad. Y no sabían que el mundo estaba tan corrompido. Pensaban que era mucho menos.

»Yo no digo que son unos malvados los habitantes de Phoenix. No lo son, sin duda. Porque poseen muchas cualidades, pero también poseen defectos que es preciso desterrar para siempre de nuestros corazones.

»Quieren sobrevivir, pero siguen manteniendo los mismos principios desiguales de antaño. Y Helen me decía con frecuencia que Dios había diezmado la humanidad por sus pecados y que era necesario hacer un mundo mejor.

—No entiendo muchas cosas que dices. Tu mundo está despoblado. Pero mi mundo es bueno y Onk es justo. Allí serás admirado y respetado.

—¡Pero tendría que vivir con ciento cincuenta mujeres!

—Nuestros hombres lo hacen.

—Han nacido así. En esta tierra, nuestro Dios nos dio una mujer para cada hombre.

—No conozco a tu Dios.

—Yo te lo enseñaré. Te enseñaré sus mandamientos y verás que no hay nada más justo ni más perfecto, si se cumple.

—Nosotras hablamos con Onk y él nos dice lo que es justo y lo que no lo es. Su ley es inviolable.

—Pero tu mundo es amorfo, Sandra.

—No te comprendo. Será mejor que hable con los otros.

—No irás a dejarme, ¿verdad, Sandra?

—Conozco tu lenguaje. Hablaré con ellos y luego decidiré… ¿Y por qué me quieres, Arthur?

—Porque eres la mujer más bonita de la Tierra —musitó él.

—¿Me halagas?

— No. Digo la verdad… ¡Y lucharé por ti contra quien sea!

CAPÍTULO V

Antes de marcharse, Colly Kiwing habló en privado con Arthur.

—Siento lo ocurrido, Arthur. Yo, sin embargo, estoy de acuerdo contigo. Y así se lo expondré a mi padre.

Arthur ignoraba si Colly hablaba sinceramente o bien si sus palabras obedecían a un móvil inconfesable. Sin embargo, respondió:

—Obro de acuerdo con mi propia conciencia, Colly. Quiero a esa muchacha y no deseo perderla. Yo no la someteré a ninguna clase de prueba. La acepto tal y como es, con sus cualidades y defectos. Comprendo que he sido egoísta al inutilizar su nave para impedirle marcharse, pero cada uno lucha con las armas que tiene a su alcance.

Colly sonrió y musitó:

—Contigo se cometió una injusticia terrible. Tú debiste casarte conmigo.

—Sí. Pero ya no tiene remedio. Vasili es el padre de tus hijos.

—Los hijos, ¿son míos o de la comunidad?

—Yo digo que son tuyos y debes educarlos a tu manera.

—Vasili no opina así. Quiere hacer genios de ellos… ¡Y él no lo es!

—Discúlpale. Lo importante es que lleguen a ser algo.

Colly tendió la mano a Arthur, quien se la estrechó con calor.

—Hay muchos modos de arreglar esto, Arthur. Y todo se arreglará sin rencores ni odios.

—Vasili sabe cómo opino. No cambiaré.

—Posiblemente, mi padre vendrá a verte. Podéis llegar a un entendimiento amistoso.

—Es mejor que no venga, Colly. Si acaso, es mejor que me llame por radio.

—¿Contestarás?

—Sí, desde luego.

Colly sonrió y abandonó la casa, para ir al coche en que habían venido, a reunirse con su esposo y Cliff, quienes la esperaban.

Desde la puerta, Arthur les vio partir por el túnel, hasta perderse en el primer recodo. Luego, cerró la puerta, echando el pestillo, y regresó lentamente a la biblioteca, donde estaba Sandra, cabizbaja y sentada en una butaca.

—Ya se han ido —dijo Arthur.

Sandra no contestó ni se movió. Parecía la estatua del pensamiento reconcentrado. En vista de ello, él se acercó, sentándose a su lado y tomándole una mano

—Sandra, escúchame, por favor.

Ella volvió el rostro.

—Tenía que hacerlo. Compréndelo… Habría llegado un momento en que me hubiese quedado solo.

—Tengo que irme. No sé si el daño que has hecho en mi «groem» es irreparable. ¡Pero tengo que irme!

—No te irás porque yo no te dejaré. Y de eso quiero hablarte. Si te vas, moriré. Yo no necesito ni tu ciencia, ni tu saber, ni nada de ti. Sólo te necesito a ti, a tu persona. No quiero estar solo más tiempo, después de haberte conocido.

»Hasta ahora nos habíamos llevado bien. Yo te enseñaba mi lenguaje y tú el tuyo. Sin tocarte un solo cabello, éramos felices. Pero han venido ellos y todo ha cambiado. Temí que pudiera ocurrir esto, y así ha sido.

»Yo conozco a mis semejantes. Tú eres para ellos algo extraño, sublime. Ya lo has visto. Vasili sería capaz de asesinar a su mujer y a sus hijos por llevarte con él. La condición humana es así: se codicia lo que no se posee y se lucha sin descanso hasta obtenerlo.

»Ya no vivirán tranquilos. Saben que hay un mundo al que se puede ir en tu nave. Eso les hará venir a buscarte. Intentarán llevarte con ellos, porque creen que tu mundo es mejor.

—Sí, Arthur. Mi mundo es mejor.

—No quiero ofenderte, amor mío. Pero te equivocas. Del modo que tú describes tu mundo, no puede ser mejor. Allí la naturaleza os ha jugado una mala pasada. No sois felices, porque estáis obligadas a vivir en las condiciones que vuestro metabolismo os ha impuesto, como a nosotros nos ha impuesto el frío y la nieve.

—Tenemos la ilusión de alcanzar la clase dos. Un hombre puede elegirnos. Yo estoy en edad de ello. Deseo volver.

—¿Y compartir tu amor con ciento cuarenta y nueve mujeres?

—Anhelo tener un hijo varón —musitó ella, enternecida.

—Esa casualidad se da rara vez. En cambio, aquí, puedes tener hijos o no, pero me tienes a mí. Podemos ser felices juntos.

—Yo no te quiero, Arthur… ¡Quiero a Onk!

—Onk es tu rey, tu dios, tu sumo sacerdote… ¡Es un mito! ¿Le has visto alguna vez?

—No, nadie puede verle. Pero está su imagen en la fachada del templo. Y podemos escuchar su voz cuando hablamos con él en el santuario.

—¿Qué os dice?

—Nos conforta y nos consuela. Dice que debemos cumplir siempre su ley y trabajar con firmeza en nuestras respectivas labores. En la dimensión nueva, cuando nuestro espíritu abandone el cuerpo, gozaremos de dicha y felicidad plenas.

—Todas las religiones son parecidas, Sandra. Los mundos y las costumbres son distintas. Y a mí me gustaría vivir en un mundo en donde no hubiese engaños ni falsedades, donde todos dijesen la verdad y fuesen sinceros, buenos, honrados y leales.

»Eso es lo que yo querría. El mundo que vendrá después de nosotros, si se perpetúa, será desgraciadamente como el que existía antes. La humanidad no habrá cambiado, porque la herencia será la misma.

»Para que fuese distinto, habríamos de perecer todos, dejando una pareja de niños inocentes, sin historia ni nadie que pudiera enseñarles el mal. Y en ese caso, creo que ellos mismos se inclinarían hacia él.

—Nada de lo que dices existe en Tenxio.

—Yo no concibo ese modo de vivir. De acuerdo, sería cuidado, mimado y atendido por ciento cincuenta mujeres que yo podría elegir. Como en un antiguo harén. Sería una especie de acaudalado sultán, pero estaría obligado a satisfacer a todas mis mujeres. Y eso es abominable, porque mi razón se rebelaría.

»Estoy hecho a la soledad o a la compañía de una sola mujer.

—Hemos nacido en mundos distintos… Y no podemos renunciar a ellos. Yo, por sumisión a «O-da-gri- la-Onk»; tú, por orgullo y egoísmo. ¿No es así?

—Mi existencia ha sido muy dura, Sandra. Sé que hay por el mundo algo más de cuatrocientas personas dispersas, que luchan denodadamente por sobrevivir, unas en pequeñas colonias y otras aisladas, como yo.

»Mi ideal sería reunir a todas esas personas y vivir todos juntos, bajo un mismo principio de justicia e igualdad, de respeto y comprensión, de amor y fraternidad. Así, nuestros descendientes heredarían de nosotros la verdad y la razón.

»Pero no es así. La naturaleza no nos privó de alimentos ni de riqueza. Tenemos materiales, en las poblaciones sepultadas, para abastecernos y vivir dignamente. No morimos de hambre, ni de frío. Pero somos desiguales. En Phoenix hay más hombres que mujeres. Eso creó una especie de clases: los que saben que su sangre se perpetuará en el tiempo y los que sabemos que, con la muerte, se acabó nuestra especie.

»Y ellos saben luchar. Emplean el engaño, son arteros y traidores, adulan y halagan. Sus hijos serán como ellos…

—¿Cómo sabes que son malos? —preguntó Sandra.

—Los conozco. Con honradez, Colly Kiwing me habría elegido a mí como esposo. Lo sé. Yo se la disputé a varios compañeros. Pero mientras yo peleaba, Vasili embaucó al Profesor e hizo que Colly le fuese entregada a él. Y no ha sido ese caso el único.

—Vosotros os quejáis de lo que os falta, como nosotras. ¿Cuántos hombres sois en todo el planeta?

—Unos doscientos, poco más o menos.

—En Tenxio podéis formar doscientas familias. Y no hay tantas… ¡Sería maravilloso!

—¿Y nuestras mujeres?

—También podrían venir. Allí estarían bien atendidas. No hay que luchar por la subsistencia. Todo se nos da hecho. Cada uno cumple con su deber.

—Yo, particularmente, no querría, ni quiero, repartir mi afecto entre ciento cincuenta mujeres. Te quiero solo a ti.

—Eso es egoísmo.

—¡No! —exclamó Arthur—. He sido criado así. Pero mi amor ha de ser compartido. Yo no te lo impondría por la fuerza de ninguna ley. Nuestros sentimientos han de ser libres de tomarlo o dejarlo. Eso es lo justo.

—No nos comprendemos porque pensamos de modo distinto.

—El amor que yo te ofrezco es puro, Sandra. Por ti daría mi vida, si fuese preciso.

—¿Por qué has de darla? ¿No es tuya?

—Amor es sacrificio, renuncia, desinterés… El verdadero amor debe compartir con uno dicha y tristeza, bien y mal. Si yo te veo en peligro, debo arriesgar mi vida por salvarte. ¿No lo comprendes? Tu vida me importa más que la mía.

—¿Y cuando yo muera?

—Mi deber sería morir contigo.

—¿Como si fuésemos un solo ser?

—Sí.

Sandia sonrió.

—Es muy bonito. Pero ¿y si hago algo que te molesta a ti?

—Yo no haré nada que te moleste.

—Tú lo has hecho. Has inutilizado mi nave para que no pueda volver a Tenxio.

—Ha sido con el fin de tenerte siempre conmigo.

—¿Y si yo quiero irme?

—Entonces, sería el ser más desdichado.

—¿Más que antes de yo venir?

—Infinitamente más, porque me has dejado entrever la felicidad y me la quitas.

—¿No puedes pensar que no me has conocido?

—No, no sería igual… porque te he conocido.

* * *

Aquella Conversación habría de prolongarse durante varios días. Parecía superficial, pero no lo era. Se trataba de un tema que les afectaba profundamente a ambos. Arthur luchaba por conservar a Sandra, y ésta insistía en encontrar argumentos razonables, en su lenguaje como en el de Arthur, para convencerle de que era preferible aceptar la situación que ella le ofrecía.

Sin embargo, el carácter más fuerte era el de Arthur y la muchacha empezaba a flaquear en sus argumentos, encontrándose muchas veces sin respuesta adecuada.

Una noche, Arthur recibió una llamada de Phoenix. Como había prometido a Colly, todos los días subía al piso alto y penetraba en el laboratorio radioeléctrico. Aquella noche, se encontró con que le estaban llamando.

Contestó rápidamente y oyó la voz cansada del Profesar Kiwing.

—Hola, Arthur Bregg, ¿cómo estás, hijo?

—Muy bien, Profesor. ¿Y usted?

—Muy viejo y cansado. Apenas si soporto el frío. Y es que ya tengo ochenta años y mis días se acaban.

—Tómeselo con calma, Profesor.

—Eso quisiera yo. Pero todavía me vienen con problemas. Y tú eres el peor de todos, Arthur.

—Lo siento —contestó Arthur, tristemente—. No está en mi ánimo causarle pena alguna. Mi deseo sería darle muchas alegrías.

—Yo te admiro, Arthur. Admiraba a tu padre y a tu madre. Eran muy buenos. Y tú has heredado mucho de ellos… Independiente como tu padre, obstinado y tenaz, valiente, honrado y justo. Y por otro lado, comprensivo y sufrido como Helen. Dulce, respetuoso y sincero.

—Le agradezco mucho todos esos cumplidos, Profesor. Pero supongo que no me llama usted para decirme sólo eso, ¿verdad?

—Ya sabes para qué te llamo, Arthur. Vasili me lo ha contado todo. También he escuchado a mi hija y a Cliff. Me han dicho que tienes ahí una muchacha preciosa.

—Sí.

—Comparto tu opinión con respecto a que es tuya. Nadie te la quitará, Arthur. Se lo he prometido a Colly. Parece ser que tú la quieres y te pertenece. Pero ella pertenece también a otro mundo, Arthur.

—Esa cuestión intento solucionarla con Sandra personalmente.

—Tu actitud ha causado aquí muy mala impresión, Arthur.

Muchos estudiantes opinan que no tienes derecho a privarles de esta oportunidad excepcional. Si existe un mundo mejor que el nuestro y hay medios para ir a él…

—¡El mundo de Sandra no es mejor que el nuestro, Profesor! No es un paraíso, ni mucho menos. La naturaleza de esas gentes les ha privado de tener descendientes varones. Sólo nacen hembras, y eso les ha creado dificultades que ellos superan al estilo de las abejas de una antigua colmena.

—Las abejas eran insectos muy inteligentes, Arthur.

—Pero eran insectos y han desaparecido de nuestro mundo.

—Vasili cree que esa chica posee un metabolismo semejante al nuestro. Y eso daría una excelente oportunidad a nuestros muchachos.

—¿Y por qué he de sacrificarme yo? Además, no estoy tan seguro de que su metabolismo sea idéntico al nuestro. Habría que verlo.

—Vasili puede diagnosticar con acierto, examinándola a fondo.

—Y eso es lo que yo no quiero, Profesor —exclamó Arthur—. Conozco a Vasili y sé que le mueven móviles indignos.

—No debes tener en mal concepto a Vasili. Es mi yerno y le aprecio.

—Su yerno es capaz de muchas bajezas y no me oculto en decirlo. Si la situación no fuese ésta, en la cual vivimos, tiene el alma de un auténtico Rasputin.

—Por favor, Arthur. Exageras. Y creo que pecas de ingrato. Me consta que te apreciaba.

—Porque yo no poseía nada que él pudiera codiciar. Pero ahora la situación ha cambiado. Y estoy seguro de que mi amigo Vasili intrigará todo lo que pueda para quitarme a Sandra.

»La historia de la humanidad está llena de casos de éstos. Riquezas, poder y mujeres. Por estas tres razones, se mataron los hombres. Recuerde Troya… Y Ulises, el vencedor, estaba casado con Penélope.

—Ulises no luchó por el amor de Helena, Arthur. Lo hizo por otros motivos.

—Eso es lo que usted cree. El motivo de la disputa entre París y Ulises era Helena… No, querido Profesor; nadie pondrá sus manos sobre Sandra mientras yo viva.

—De acuerdo. Te concedo eso. Pero permite que hablemos con ella. Quizá su nave nos pueda ser de utilidad. Nuestros muchachos podrían ir a ese mundo.

—Necesitan a Sandra y yo no estoy dispuesto a perderla. Pero menos todavía estoy dispuesto a ir a su mundo y tener allí un harén. Usted sabe cómo opino, Profesor. Un solo Dios y una sola mujer,

justicia y razón, libertad y hermandad.

»Una vez propugné unir a todos los supervivientes en una colonia para luchar contra el infortunio que nos ha echado encima la naturaleza. Hay seres en Dinamarca, en Rusia, en África y en Asia. Dije que debíamos unirnos todos e iniciar, juntos, un nuevo programa.

—Esos seres están arraigados a sus lugares. Hacerles cambiar es tanto como pedir que desaparezca la nieve del planeta —contestó el Profesor.

—Hemos de aprovechar la coyuntura que se nos ha presentado. Y sea en este mundo o en otro, nuestros descendientes gozarán de un bienestar que no disfrutaron nuestros antepasados. Debemos sacrificarnos nosotros, que somos los menos, porque nuestros hijos tengan un mundo mejor.

»Y eso es lo que yo me propongo hacer con los míos, si los tengo.

—¿Y si no los tienes, Arthur? Estás corriendo un gran riesgo. Esa mujer puede ser estéril. En cambio, aquí tenemos ahora una preciosa colección de muchachas, de entre las que te he elegido la más bella. Y lo es Ingeborn, sin duda. Ella puede darte hijos sanos y fuertes. Es seguro. Podrás educarlos.

—No hay nada seguro, Profesor. Y puesto a elegir, me quedo con Sandra.

—Recapacita, Arthur —insistió el Profesor—. Lo hago por tu bien. Ahora estás a tiempo. Ingeborn te espera. Es una chica nacida después del «viento de fuego», pura y virginal. Te será fiel y te dará hijos sanos.

»En cambio, esa extraterrestre no sabes cómo resultará. Ni te permitiríamos tener engendros. Además, yo puedo faltar pronto, Arthur. Por lógica, Vasili ocupará mi puesto. Los muchachos le siguen… ¡Y no me gustaría que se cometiera un fratricidio!

—Dígale a Vasili que no intente nada contra mí. Estoy dispuesto a defenderme.

—Hay que evitar rencillas. Ahora, Vasili está enojado contigo. Él no quiere aprovecharse de esta situación. Sólo desea el bien común. Me consta. Mi hija y él coinciden en eso. Debemos permitir que esa joven vuelva a su mundo con algunos de nuestros muchachos. Podríamos establecer relaciones y ver cómo resulta la prueba. Nosotros no tenemos nada que perder y mucho que ganar. ¿Me entiendes?

—Sólo entiendo que no renunciaré a Sandra. He quemado la nave y no podrá irse.

—Está bien, Arthur. He hecho cuanto he podido por aliviar una situación tensa. Ingeborn se casará con otro estudiante. Procuraré

contenerlos a todos, pero me será difícil. Ellos creen que estás entorpeciendo su derecho a vivir y se obstinan…

—¿Me amenaza usted, Profesor? —preguntó Arthur, secamente.

—¡No, por Dios! Te expongo la situación tal cual es. No sé si podré contenerlos…

—Pues si vienen y me atacan, me defenderé. Estoy en mi derecho.

—Eso es lo discutible, Arthur. Tú me has dicho que quieres un mundo mejor para tus descendientes… Y eres el primero en rebelarte contra el deseo de la mayoría.

—Me rebelo y me alejo. No quiero nada con ellos porque los conozco. Yo hube de aceptar la desigualdad, cuando su hija de usted me quería a mí, de verla en manos de otro. Ahora tengo que renunciar a Sandra por los otros… ¿He de sacrificarme yo siempre, Profesor?

—Es la ley…

—¿Qué ley? ¿La que dicta usted, dejándose llevar por su ciego amor hacia su hija?

—La ley de una mayoría.

—Eso no es razón. Ese argumento podía esgrimirse hace veinticinco años, cuando en el mundo vivían diez mil millones de seres humanos. Y ni siquiera entonces, porque se falseaban las opiniones sinceras y las voces fuertes no dejaban escuchar a las voces pequeñas.

»Ahora somos una minoría desproporcionada. Poseo un láser capaz de aniquilarles a todos en un segundo.

—Nosotros también, Arthur. Pero no se trata de emplear esa fuerza, sino el sentido común.

—Lo siento. Profesor. No podemos entendernos. Procure usted contener a esos jóvenes y evite derramar sangre. Yo no les provocaré. Pero si ellos me provocan a mí…

—¿Es tu última palabra, Arthur?

—La última y la definitiva.

—De acuerdo. Rogaré para que no te arrepientas luego.

Así terminó la conversación. Las radios se cerraron para siempre. Arthur estaba dispuesto a todo, incluso a la lucha, con tal de hacer prevalecer sus derechos.

También siguió discutiendo con Sandra durante algunos días más. Y un día, al levantarse, Sandra no bajó a desayunar. Esperó un poco y luego subió a su cuarto. La llamó y ella no contestó.

Abrió la puerta y, atónito, vio que la joven no estaba allí.

La buscó por toda la casa, sin encontrarla. Pero encontró a faltar un equipo de viaje, esquíes, raquetas, linterna y el rayo láser.

¡Entonces comprendió que Sandra se había marchado durante la

noche, y se dijo que sólo había podido ir a un sitio!

Forzosamente debió regresar a su nave, e intentar repararla y regresar a su mundo. Le abandonaba. Él no había logrado convencerla. Por este motivo no hizo nada para encontrarla. Si se había ido, libre era de hacerlo. Sin embargo, lloró amargamente su soledad.

Ahora, su existencia sería más mísera que antes…

CAPÍTULO VI

Arthur permanecía solo en su vivienda. Apenas si se movía del sillón, frente a la chimenea, donde se había apagado el fuego. Ya no le importaba nada. Tenía la impresión de que todo había terminado para él.

Sandra se había marchado y él no hizo nada por buscarla.

Apenas comía. Estaba siempre pensativo y huraño. Un pensamiento le atormentaba continuamente. ¿Era él quien estaba equivocado? ¿Teman razón todos los demás?

Era incapaz de encontrar respuesta. Para ello debía reflexionar fríamente y no quería hacerlo. Todo le importaba poco. Ni siquiera deseaba vivir. ¿Para qué?

Estaba sentado horas y horas, sin moverse, como si se hubiese convertido en estatua. Y así un día, y otro, y otro.

Una tarde, cuando su organismo ya empezaba a funcionar mal, porque llevaba dos días sin comer, oyó el débil ruido del motor de un automóvil acercándose. Sólo movió lentamente la cabeza y escuchó.

A los pocos minutos, se produjo una llamada en la puerta.

Se levantó lentamente, sintiendo flaquear sus piernas y girar su cabeza, y fue hacia la entrada. Descorrió el pestillo y se encontró con un rostro vagamente conocido.

—Hola, Arthur Bregg —habló el hombre que tenía delante.

Era Jones, uno de los estudiantes de Phoenix. Estaba solo.

—Hola —contestó Arthur, con voz débil.

—¿Puedo pasar? Deseo hablar con usted.

Arthur se echó a un lado y el visitante entró, mirando sin mucha curiosidad en derredor.

—¿Está solo? —preguntó Jones.

—Sí.

Roy Jones llevaba la mano derecha oculta bajo su «overcoat» térmico, como ocultando algo. Arthur creyó adivinar que empuñaba un arma. Y no se equivocó. Pero tampoco se alteró.

—¿Y la mujer extraterrestre? —preguntó Jones.

—Se ha marchado.

—¿Dónde?

—No lo sé.

El visitante pareció desconcertado. Miró fijamente a Arthur y la

expresión de su rostro no debió de agradarle.

—¿Qué le ocurre a usted, Arthur Bregg?

—Nada. ¿A qué has venido?

—Pues… No quería hacerlo, en verdad. Pero yo he resultado elegido. Hicimos un sorteo y… ¡Yo no quiero matarle a usted Arthur!

Al decir esto, Roy Jones sacó el arma que llevaba oculta bajo la ropa. Era una pistola provista de un condensador iónico. Un rayo catódico desintegrante podía surgir del fino punto de su mira. Sólo tenía Jones que apretar el disparador y el rayo desintegrante atravesaría a Arthur de lado a lado, matándole.

Rey Jones le apuntó con el arma. No parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Habéis decidido eliminarme, pues?

—Sí. A mí me ha tocado. Pero podemos hacer un arreglo, Arthur Bregg. Váyase lejos. Diré que no le he encontrado. ¡O puedo decir que le he matado!

—¿Tienes miedo de matarme, Jones?

—¡No quiero hacerlo, créame! Me han ordenado que le mate a usted y que me lleve a la muchacha.

—Ella se fue. Jones. Me abandonó… ¡Anda, dispara y cumple tu misión!

Roy Jones retrocedió un paso.

—No puedo —musitó, bajando la mano armada.

—Deseo morir. Jones. Ésa es la verdad. Me harás un favor y quedarás bien delante de tus compañeros. ¿Te envió el Profesor?

—No. Él no sabe nada. Ha sido Vasili. Nos reunió y nos habló a todos. Dice que no tiene usted derecho a sacrificarnos a todos por su obstinación.

—¿Y tú le crees, Jones? —preguntó Arthur, tristemente.

—No sé qué decirle… Yo no quiero matarle…

—Haces mal. No pienso oponer resistencia, Jones. Creo que, en las actuales circunstancias, es mejor morir y terminar de una vez.

Los dos hombres se miraron fijamente. Roy Jones era un hombre de unos treinta años, tímido y reconcentrado. Haberle enviado a cumplir una misión tan siniestra como la de matar a un semejante era un error.

—Sandra se marchó hace unos días. Creo que debe de estar intentando hacer funcionar su nave espacial —habló Arthur, yendo hacia el sillón para sentarse. Estaba muy débil y la cabeza le daba vueltas—. No podía retenerla. Si quieres, puedes ir a buscarla.

—¿Qué le ocurre a usted, Arthur Bregg?

—Estoy cansado. Llevo aquí cuatro o cinco días, sin comer ni hacer ningún movimiento. Deseo terminar de vivir.

—Pero… ¡eso es inaudito! —exclamó el hombre enviado a matar —. ¿Está usted loco?

—Ojalá, Jones. La soledad llega a meterse dentro de nosotros. Es muy malo estar solo.

—No puedo consentirlo. Una vida tiene mucha importancia en nuestras condiciones. Así opino yo.

Arthur sonrió tristemente.

—¿Y dices eso tú, que has sido enviado a matarme?

—No pensaba cumplir el mandato. Tiene usted que comer algo inmediatamente. ¿Dónde está la despensa?

Roy Jones dejó su arma sobre la mesita que había junto a Arthur y se fue hacia el interior de la casa, no tardando en encontrar la cocina. Allí, removió el frigorífico y los armarios, hasta dar con la leche en polvo. Encendió la plancha y calentó tocino y carne congelada. Tomó una botella de vino y abrió una lata de conservas vegetales, que hubo de calentar un poco en el horno.

Cuando tuvo improvisada la comida, salió llevándolo todo en una bandeja. Pero al llegar al vestíbulo, se detuvo al ver a Arthur con el arma desintegrante, apuntándose a la cabeza.

—¡Nooo! —gritó Roy Jones, impresionado.

Arthur se volvió hacia él.

—Iba a ahorrarte un trabajo, compañero.

Jones se acercó rápidamente, dejó la bandeja en la mesita y le arrebató el arma.

—Eso es cobardía —declaró, arrojando el arma a un rincón—. No debe usted matarse. Es mejor que coma y hablaremos.

—No tengo apetito.

—Beba un poco de leche. Eso le producirá energías… Tenga.

Roy Jones era un buen hombre. Arthur lo sabía muy bien, y se sorprendía de que Vasili le hubiese enviado a matarle.

Tomó la leche lentamente, mirando al otro, que se había situado junto a él.

—Está usted confortable aquí. Me gusta esta casa. ¿Verdad que se siente ahora mejor?

—Me repugna la leche, Jones.

Roy Jones se sentó frente a él, apoyándose en las rodillas. Entre unos papeles que había en el suelo, vio asomar una fotografía en color de gran tamaño. Era una imagen de Sandra. Para enseñarle los secretos de la fotografía, Arthur le hizo varios retratos.

Roy Jones tomó la fotografía y la contempló con curiosidad.

—¿Es Sandra? —preguntó.

—Sí —afirmó Arthur.

—Es bellísima. ¿Son como ella las mujeres de Tenxio?

—Supongo que sí.

—Me gustaría ir a Tenxio —dijo Jones, simplemente.

Arthur le miró con fijeza durante unos segundos.

—Creo que tú eres buena persona, Jones —habló luego Arthur —. ¿Qué te ocurrirá, si no cumples la orden que te han dado?

—No lo sé… Entre las muchas soluciones que he pensado, una de ellas ha sido no regresar a Phoenix. Sin embargo, si le mato a usted, me casaré con Ingeborn Schultz… ¡También es una joven muy guapa, aunque no tanto como Sandra! ¿Por qué se ha ido?

—No piensa como yo. No he logrado comprenderla. Creo que debí hacer alguna concesión, ayudarla a regresar a su mundo. ¿Quieres ir tú con ella?

—¡Sí! —exclamó Jones impensadamente.

Arthur sonrió con amargura.

—Puede que todavía estés a tiempo. Yo te indicaré el camino.

* * *

Roy Jones, siguiendo las instrucciones de Arthur, llegó al anochecer al lugar en donde estaba el «groem» de Sandra. Había seguido las huellas marcadas en la nieve, sin perderlas, hasta encontrar el cráter.

Y dentro de él, junto a la esfera negra, vio la figura de la muchacha, sentada en tierra, en cuclillas, en estática postura. Sin embargo, cuando Roy gritó, Sandra se volvió sobresaltada, poniéndose en pie.

Roy utilizó las raquetas y descendió por el talud siguiendo las huellas marcadas en la nieve. Unos instantes después se encontraba al lado de la joven, mirándola con ojos maravillados.

—¿Quién eres? —le preguntó Sandra.

—Me llamo Roy Jones… Arthur Bregg me ha dicho que la encontraría aquí.

—Yo esperaba que él viniera.

—No quiere venir —dijo Jones—. Le encontré muy abatido. No quería comer ni vivir. Está absolutamente desalentado.

—¡Pobre Arthur! —musitó la muchacha, con pena.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Nada —respondió ella—. No puedo penetrar en mi nave.

—¿Es esto una nave?

—Sí.

—Es una bola. ¿Cómo se entra?

—Hay una compuerta que se empuja desde el exterior, dejando los mandos de acceso al descubierto. Arthur debió de inutilizarlos y ahora no hay modo de penetrar en la nave.

—Lo siento —dijo Jones.

—Estaba esperando que viniera Arthur.

—Él no vendrá. Yo le dije que me gustaría ir a su mundo de usted. ¿Le ha enseñado él nuestro idioma?

—Sí. He aprendido rápidamente. —Sandra sonrió—. Al principio me resultó muy difícil. Luego estudié mucho. Poseen ustedes una lengua muy lógica. Las raíces me han servido de mucho.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. Si hubiese venido Arthur, habría vuelto con él… Creo que yo también le quiero. Es el primer ser humano que he conocido.

—Entiendo —dijo Jones—. Yo admiro mucho a Arthur Bregg. Le considero más hombre que todos nosotros. No necesita a nadie y puede vivir solo en un mundo completamente hostil… ¡Es lástima no poder salir de aquí! ¿No hay posibilidad de que sus coterráneos vengan a buscarla a usted?

—Lo dudo mucho. Salí de Tenxio hace mucho tiempo. Había trazado una órbita de reconocimiento, pero algo debió funcionar mal, porque cuando quise darme cuenta, ya estaba en una región desconocida del cosmos. Sin referencias estelares, es difícil indicar a mi sección dónde me encuentro. No es la primera vez que esto ocurre. Ni nave no es muy nueva.

—¿Cómo funciona?

—Del mismo modo que los planetas. Para despegar del suelo, gira sobre sí misma durante unas millas, adquiriendo velocidad. Luego, acciono los mandos antigravitatorios y la masa de este planeta no ejerce atracción alguna sobre ella, remontándose al espacio. Entonces tengo que fijar una órbita y la misma inercia me conduce a través del espacio, como si de un pequeño planeta se tratase.

—¿Y usted no siente la rotación?

—No. La cabina, que es más reducida que la nave, gira en sentido diametralmente opuesto al resto. De esta forma, los tripulantes permanecen inmóviles.

—¿Sin ver el exterior?

—Puedo ver todo cuanto me rodea en una pantalla de gran nitidez. La imagen llega a través de las paredes externas, en forma de ondas, la cual se concentra por medios electrónicos.

—La ciencia de ustedes debe estar más adelantada que la nuestra.

—Sí. Nosotros trabajamos en todas las ramas del saber. Somos muchas mujeres estudiando y laborando para el progreso.

—¿Y los hombres?

—Cumplen la ley de Onk. ¿Se lo han explicado sus compañeros?

—Sí. Y me gustaría ir a Tenxio. Yo no tengo mujer.

—Usted sería bien recibido allí, estoy segura —afirmó Sandra, muy seria—. Arthur debería pensar como usted piensa. Lo malo es que ya no tiene remedio.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé. Si Arthur quisiera aceptarme…

—Desde luego que la aceptará. No ha venido a buscarla porque desea respetar su libre albedrío. Arthur es así. No quiere imponer sus ideas a nadie. Opina que todos hemos de ser justos y buenos, sin pensamientos ocultos. Él quisiera formar una colonia con todos los supervivientes y educar a los hijos que tengan bajo un concepto nuevo de la existencia.

—Conozco las ideas de Arthur. Y, dadas las circunstancias en que se vive aquí, me parecen justas.

Pero yo tenía la obligación de intentar el regreso a mi mundo, aunque fuese sola.

—Será mejor que regresemos a Cliffton. Aquí hace calor y se está bien. Pero no hay alimentos.

—No. He tomado lo que llevaba en la mochila. Llevo cuatro días aquí, sin saber qué hacer. ¿Se molestará Arthur si vuelvo con él?

—No. Creo que se alegrará mucho.

Sandra sonrió.

—Entonces, debemos volver, ¿no?

—Sí.

Roy ayudó a Sandra a recoger su equipo, no sin antes haber estudiado la compuerta cerrada, como si no quisiera irse sin haber intentado abrirla.

—Es inútil. Ya lo he intentado yo —dijo Sandra—. Esta compuerta se hundía con leve presión. Dentro quedaban los mandos al descubierto. Accionándolos adecuadamente, se abría la compuerta interna. Arthur debió disparar el láser contra los mandos fundiendo algunos de los dispositivos electromagnéticos. No existe nada capaz de abrir brecha en este metal, que nosotros llamamos «lik». Es lo más duro que existe. No se funde ni a millones de grados de temperatura. Nadie podrá jamás abrir mi «groen».

—¿Y utilizando alguna clase de onda?

—Tampoco. El calor que desprende es una protección cuando está inmóvil. En los espacios, la envolvente de «lik» es completamente fría. Pero llegará un día en que el calor se apague. Luego, la nieve la cubrirá y así permanecerá durante el resto de los tiempos.

—Lástima. ¿Lo hizo Arthur para impedirle irse?

—Sí. Me ha obligado a faltar a la ley de Onk. Ahora no tendré más remedio que aceptar las exigencias de Arthur Bregg.

—No tiene usted por qué aceptar de él nada, si no lo desea.

—Es que… lo deseo —musitó Sandra—. Después de conocer a Arthur, no podría vivir con ningún otro hombre. ¿Vamos?

—Sí, vamos. Y daría cualquier cosa para que él la rechazase. Yo también sería feliz con usted.

—Es halagador pensar que ustedes carecen de mujeres.

* * *

Arthur abrazó estrechamente a Sandra cuando ella y Roy Jones llegaron a medianoche a la solitaria mansión. No cambiaron palabras. Se besaron intensamente y luego él atrajo la cabeza de Sandra hacia su pecho, reteniéndola así, mientras decía a Jones, el cual estaba mirándoles a escasa distancia, algo triste:

—Gracias, Roy. ¿Dónde estaba?

—Junto a su nave esférica. Le esperaba a usted.

—Para ser un ejecutor, te has comportado divinamente, Jones.

—Ya le dije que no quería matarle. Me alegro de que sea feliz ahora. Si me lo permite, me quedaré con usted. Presiento que necesitará ayuda muy pronto.

—Ésta es tu casa, Jones. Todo cuanto tengo es tuyo, excepto Sandra.

—Le envidio, Arthur. Jamás había visto una mujer tan bonita. Ni soñarla siquiera.

—¡Pero tú tienes a Ingeborn! —exclamó fríamente Arthur.

—La hubiese tenido, en caso de poseer una conciencia negra como la de Vasili. Era necesario matarle a usted antes. Y eso es lo que no haré nunca.

—Roy me lo ha contado todo por el camino —habló entonces Sandra—. En Phoenix han decretado tu muerte. Y si Roy no la cumple, lo harán otros. ¡No hay solución!

—Si te tengo a ti, ¡que vengan! No conseguirán hacerme ningún daño —replicó Arthur, notablemente transformado—. En la desesperación y el fracaso, no me importa morir. Ahora es distinto. Quiero vivir. Tengo un poderoso motivo para vivir. Te tengo a ti, Sandra… Y haré más. Para que no creas que soy egoísta, te ayudaré a recuperar tu nave. La pondremos en funcionamiento e iremos a Tenxio.

—Eso no es posible —contestó Sandra, tristemente.

—No será posible para ti. Pero yo te demostraré que para nosotros no existe nada imposible. ¡Ya lo verás!

—¿Tiene alguna solución? —preguntó Roy, esperanzado, acercándose.

—Tengo muchas soluciones. Pero dejemos eso ahora. Hemos de organizar nuestras vidas. Y tomar precauciones contra Vasili y sus

correligionarios. Querrán venir a quitarme a Sandra, pero no lo conseguirán. ¡Ella me pertenece ahora! Y tú puedes unirnos en indisoluble lazo, Jones. Tú serás el testigo de Dios ante nosotros.

—¿Quieres casarte conmigo, Sandra?

—Sí. Quiero unirme a ti.

—Es suficiente —dijo Jones—. En nombre de Dios, yo os declaro marido y mujer.

Arthur y Sandra se besaron de nuevo. Luego, todos fueron a la cocina, donde prepararon un banquete de boda que les entretuvo más de dos horas. La alegría reinaba entre ellos y se habían olvidado, momentáneamente, los malos humores de días anteriores.

—Vamos a formar aquí una familia entre los tres… Haremos que venga Ingeborn Schultz y contraiga matrimonio con Roy —decía Arthur, mientras preparaba los alimentos, arreglándolos con esmero —. Y fundaremos en Cliffton los cimientos de una nueva generación… Iremos a Tenxio y traeremos una mujer para cada hombre.

—¿Y si no pueden tener descendientes ninguna de esas uniones?

—Sí —contestó Sandra—. Yo he analizado a Arthur. Pertenece al grado «gress» o sea universal. No quería decírselo, porque mi intención era regresar a Tenxio. Podemos tener hijos, pero ignoro si serán varones o hembras. Eso depende mucho más de él que de mí.

—¡Formidable!

Poco después se reunían los tres en torno a la bien provista mesa, levantando en alto sus copas de champán. La alegría se desbordó pronto, pusieron música y bailaron todos.

Roy Jones fue el primero en caer tendido y mareado, bajo los efluvios del alcohol, se tendió en una butaca, mientras Sandra y Arthur seguían comiendo, bebiendo y bailando alegremente. Él no parecía el mismo que días anteriores. Estaba enteramente cambiado, feliz, dichoso y lleno de proyectos.

Quería hacer tantas cosas, que Sandra hubo de decirle:

—¿Y podrás hacerlo todo, amor mío?

— Sí… Lo haré con tu ayuda.

Al fin, no pudiendo resistir más, decidieron retirarse a la alcoba de él. Arthur la tomó en brazos y la llevó escaleras arriba, hasta su habitación.

—Te quiero, Do-i-ni —musitaba él, enajenado.

—La ley de Onk me obliga a ti, Arthur: ¡Soy tuya!

CAPÍTULO VII

—¡Es imposible vivir sin el respeto y el temor de la ley! —gritó Vasili Koslov, dirigiéndose a sus oyentes, los cuales ocupaban los asientos del paraninfo, frente a la mesa presidencial.

Al lado de Vasili, en una silla de alto respaldo, se sentaba Colly Kiwing, vestida de negro.

— ¡Hemos de imponer la ley! ¡No podemos tolerar más tiempo la rebelión de ese loco que nos desafía a todos, poniendo en peligro nuestra supervivencia! ¡Le obligaremos a vivir con nosotros, bajo nuestra ley, o le destruiremos!

—¡Bravo! ¡Muy bien! —exclamaron algunos oyentes, con entusiasmo.

Otros callaron. Nadie se atrevía a desautorizar al hombre que se acababa de proclamar director consejero de todos ellos.

—El padre de mi querida esposa, que fue nuestro Profesor, amigo y consejero, ha muerto. Todos le respetábamos, queríamos y admirábamos, porque él se desvivió por ayudarnos en los momentos difíciles de nuestra infancia, cuando nos encontramos con este mundo hostil y maligno que nos rodea.

»Bajo su tutela, con justicia y equidad, hemos vivido siempre en la mejor armonía y concierto, sin que jamás surgiera entre nosotros la más mínima desavenencia.

»Las hubo, ¡qué duda cabe!, pero mi venerable y respetado mentor supo siempre inclinarse a favor de la razón. No teníamos mujeres. Ése era nuestro problema. El sexo débil, que tanto nos ha ayudado a sobrevivir, había quedado diezmado y desproporcionado entre todos nosotros. Con juicio atinado y saber profundo, el Profesor rechazó la poligamia que algunos le propusieron, para seguir en la doctrina inviolable que nos legaron nuestros antepasados. Debíamos aceptar la situación con resignada entereza. Somos seres humanos y no bestias. Y por seres humanos, gozamos de razón y criterio.

»Él acertó a dar a cada uno lo que se merecía. Hubiese sido una estupidez dar una mujer a un hombre estéril. El Profesor jamás cometió ese error. Necesitamos hijos y todos los que tenemos mujer hemos cumplido con nuestro deber, en beneficio de la especie humana.

»Ahora, el Profesor ha muerto. Él os expuso sus deseos de que

permanezcamos unidos. Me hizo su heredero legal porque estoy en condiciones de continuar su tarea desde el mismo lugar en que él la dejó.

»¡Unión y no disgregación os pidió y yo os lo exijo en beneficio de todos! Su testamento ha de estar siempre presente en nosotros. Debemos respetarlo y seguirlo fielmente hasta que seamos un pueblo grande de supervivientes. Algún día volverá a brillar el sol con fuerza. La nieve se fundirá y el agua volverá a los mares. Crecerá la hierba y la tierra será más fértil.

»Ése será el día de la gran liberación. Saldremos de nuestros refugios y podremos cantar y gritar, dando gracias a Dios por habernos dado dirigentes sabios que nos llevarán a la victoria.

»Y, digo esto porque tenemos enemigos que conspiran contra nuestra continuidad y supervivencia. Existen seres retorcidos, envidiosos y amargados, a los que antaño dimos cobijo, que desean nuestro exterminio, la muerte de todos nosotros y de nuestros hijos, porque desean crear una generación de monstruos horribles.

»Y ese peligro hemos de conjurar de inmediato. No debemos consentir la sedición, la rebeldía, y menos que cerca de nosotros surja una colonia de seres que, si les dejamos subsistir, crecerá hasta destruirnos.

»Yo, en nombre de la razón, la justicia y la supervivencia de nuestros hijos, declaro que los habitantes de Cliffton son una amenaza y un peligro y debemos hacerles abjurar de su maldad o exterminarlos.

»Soy vuestro líder, quien os conducirá a la verdad y a la vida. Debéis confiar en mí, como antes confiabais en mi amado antecesor. Apoyadme, pues, y prestadme vuestra ayuda.

—¡La tienes, Vasili! —gritó la voz de un hombre—. Estamos a tu lado en todo y por todo.

Entre aquella turba de gente, muy pocos eran los exaltados. La mayor parte conservaba una calma que no parecía apoyar en nada al orador. Todos sabían para qué les quería Vasili y no estaban muy de acuerdo con él, como tampoco estaban de acuerdo que, por el simple deseo de un viejo moribundo, se erigiese en jefe de la comunidad, que diera órdenes y que exigiese su cumplimiento.

Vasili Koslov tenía ansias de mando. Se denotaba en todas sus palabras y gestos. Hubiese sido un perfecto dictador, de existir gente suficiente para mostrarse despótico. Allí, desgraciadamente, sólo habían ciento cincuenta personas y para gobernarlas o que se dejasen gobernar, se necesitaba mayor tesón que el empleado por Vasili.

Sin embargo, unos cuantos sujetos apoyaban a Vasili, confiando en sacar partido de la situación. Se trataba de jóvenes solteros, para

los que no había mujeres.

Las muchachas llegadas en avión desde Dinamarca, ya estaban desposadas todas menos una. Vasili se la había prometido a Roy Jones, a cambio de cumplir una misión siniestra, para la que fue encargado por una junta secreta, celebrada antes de la fuerte del Profesor.

Ya habían transcurrido quince días y Roy Jones no había vuelto.

La razón era obvia: Arthur Bregg debió de defenderse o bien Jones desertó y no cumplió la orden.

Ingerborn Schultz estaba entre el público que llenaba el paraninfo. Era una muchacha sencilla y sumisa, a la que habían prometido ya dos maridos, sin darle ninguno. Primero le habló el Profesor, mencionándole a un hombre que vivía solitario a considerable distancia de la colonia de Phoenix. Ella aceptó compartir su vida con Arthur Bregg sin conocerle. Así se lo habían pedido sus padres y para ello había sido educada.

Sólo tenía diecisiete años y sabía que su destino era tener hijos. Temía mucho no poderlos tener, pero confiaba en Dios para que le ayudase.

Parecía, sin embargo, que el solitario Arthur Bregg no quería venir a buscarla. Y la joven se enteró de que existía una mujer extraterrestre por medio. Entonces pidió al Profesor que le diese otro marido. Estaba cansada de permanecer encerrada siempre en su cuarto, estudiando inglés.

Las compañeras que llegaron con ella en el avión ya tenían todas marido. Ella acudió a la ceremonia múltiple muy apenada, pero pensó que luego se casaría sola y sería más admirada que sus compañeras.

Un día, Vasili le presentó a Roy Jones, que parecía un hombre muy sencillo y bueno. Ambos se dieron la mano y Vasili le dijo si querían casarse. Roy asintió y ella asintió.

Pero Roy se fue a realizar un trabajo y todavía no estaba de vuelta.

Ingeborn Schultz debía seguir esperando. Y estaba enojada. Incluso le molestaban las palabras que pronunciaba Vasili Koslov, en quien veía ya a un hombre malo y falso.

Y aquellas palabras la hicieron pensar profundamente.

—Yo no quiero para vosotros el peligro de la desunión. Individualmente, no seríamos ninguno nada —estaba diciendo Vasili, con voz tonante—. Y el hombre que amenaza nuestra unidad, que osó desafiar al respetado Profesor, que alienta su venganza contra nosotros, es Arthur Bregg, que retiene a una mujer poseedora de una gran ciencia y procedente de un mundo poblado por mujeres en su mayoría…

Ingeborn estaba sentada en la última fila. La puerta del paraninfo se encontraba cerca. Se levantó, de pronto, sin querer escuchar más, y se dirigió a la salida.

Cruzó corriendo el vestíbulo de la Universidad y se dirigió a la calle, donde estaban los coches de todos los asistentes a la reunión. Se metió en el que estaba más cerca. Era un vehículo negro, semejante a los que ella había manejado ya en Dinamarca.

En un instante, Ingeborn conducía personalmente el coche hacia la salida de Phoenix, bajo los postes donde estaban instalados los tubos caloríficos que mantenían cálida la población y despejada de frío y nieve.

Una vez en la carretera, fijó la «memoria» del coche, acelerando la velocidad.

* * *

—Este proyector iónico produce un choque traumático tan fuerte que hace perder el conocimiento a quien lo recibe —dijo Arthur—. Yo mismo lo probé, por error, en una ocasión, quedando sin sentido más de diez horas.

Se trataba de un tubo iónico, de un metro de largo, provisto de asideros aislantes. En su parte posterior, donde se apoyaba al cuerpo, llevaba una funda de goma, fundida por Arthur con un soplete electrotérmico, y que protegía de posibles escapes iónicos.

—Conviene emplear esto para vigilar el acceso a la casa —declaró Roy.

—Ya está previsto. He colocado circuitos electromagnéticos en la carretera y en la bifurcación. Si alguien se aproxima, nos avisará la alarma instalada en el piso bajo.

—¿Y si los descubren y los desconectan?

—El circuito es doble. Si lo cruzan, suena la alarma. Y si lo desconectan, también —terminó Arthur—. Eso fue lo que estuve poniendo la otra noche.

—Parece que estamos preparándonos para la guerra —replicó Jones.

—No quiero causar ningún daño a nuestros semejantes —añadió Arthur—. Pero hemos de evitar que ellos nos lo causen a nosotros. Mucho me temo que Vasili y el Profesor estén preparando algo.

—Si pudiéramos saberlo… —empezó a decir Sandra.

En aquel mismo instante, sonó la alarma en el piso de abajo, con sonido estridente.

—¡Ahí están! —exclamó Arthur, entregando el tubo iónico a Roy—. Sitúate detrás de la ventana del archivo. Si ves que traen intenciones agresivas, dispara. Yo los esperaré en la planta baja…

¡Vamos, Sandra!

Corrieron todos, Roy a ocupar su puesto tras la ventana del primer piso, mientras que Arthur y Sandra descendían a la planta baja.

—¡Ponte detrás de los mandos galvanizantes, Sandra! ¡Ya sabes cómo funcionan!

Junto a la escalera, en el vestíbulo, había una mesa provista de dos complicadas antenas metálicas. Un tablero con dispositivos de control, ante el que se situó la mujer, permitía orientar las antenas y hacer surgir de ellas una fuerte corriente vibratoria que se transmitiría en todos sentidos, a voluntad de Sandra.

Por su parte, provisto de la pistola de rayos desintegrantes, Arthur se dirigió a la puerta, en donde existía una ranura protegida con acero transparente, colocada allí pocos días antes, y a través de la que podía verse el acceso al edificio.

—No creo que haya sido una falsa alarma —gritó Arthur, para que Sandra pudiera oírle—. Un vehículo ha cruzado el circuito ultramagnético, de eso no cabe duda. Pueden venir varios emisarios de Vasili e intentar matarnos.

Su sorpresa, sin embargo, fue grande, cuando, al poco, apareció el coche negro entre los muros de nieve, acercándose lentamente hasta detenerse en el terreno despejado del jardín, y ver que sólo estaba ocupado por una muchacha, la cual descendió del vehículo cubierta con un abrigo claro, acolchado y con capucha. Llevaba botas altas, recios guantes y una bufanda que le cubría la mitad del rostro y que se quitó al avanzar rápida hacia la casa.

—Es una mujer —exclamó Arthur—. Y no la conozco.

—¿Viene sola? —preguntó Sandra.

—Sí. El coche está vacío.

—Déjala entrar. Quizá sea una mensajera.

Ingeborn Schultz llegó hasta la puerta y llamó con energía. Arthur le abrió inmediatamente la puerta, apuntándole con la pistola láser.

—¿Quién es usted? —preguntó él.

—Soy Ingeborn Schultz. ¿Es usted Arthur Bregg?

—Sí —Arthur sonrió—. He oído hablar mucho de usted. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Quiero hablarle. Necesitaba conocerle. ¿Puedo pasar?

—Sí, ¡desde luego! Sandra, ven acá… Atiende a esta señorita. Yo avisaré a Roy.

No hubo necesidad de avisar a Jones. Bajó a los pocos minutos, llevando en el hombro el arma insensibilizadora que le había confiado Arthur. Él conocía a Ingeborn y recibió un sobresalto al verla descender del coche negro.

Ahora, se acercó y extendió su mano, sonriendo agradablemente.

La danesa también sonrió al reconocerle.

—¡Qué alegría! Temí que te hubiese ocurrido algo —exclamó ella.

—No me ha ocurrido nada. Sencillamente, Vasili me envió a una misión que no me gustaba y no la cumplí, quedándome aquí con Sandra y Arthur. ¿A qué vienes?

—¿Saben que el viejo Profesor ha muerto? —preguntó Ingeborn.

Todos se quedaron muy tristes.

—No, lo ignorábamos —declaró Arthur—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace unos días. Sé que discutieron acaloradamente con Vasili. Yo fui a verle para arreglar definitivamente mi situación y escuché la disputa sin que me vieran… Mucho me temo que el anciano Profesor muriese a consecuencia del disgusto.

—Creo a Vasili capaz de haber matado a su suegro —dijo Roy—. Me pidió que matase a Arthur antes de casarme contigo, Ingeborn.

—Ayer estaba dirigiendo un discurso a todos. Se ha erigido en jefe de la comunidad, alegando que su suegro le ha nombrado heredero de la jefatura comunal. ¡Es un infame! Está despertando conciencia de mal entre todos, a fin de venir aquí y matarle a usted.

—No le temo —contestó Arthur, sonriendo condescendiente—. Y he tomado precauciones. ¿Ha venido sólo para decirnos eso?

—Deseaba conocerle, señor Bregg. Cuando vine a Phoenix, el Profesor me habló de usted como un hombre independiente, osado y rebelde. Creo que el Profesor Kiwing le admiraba a usted. Yo también sentí admiración por el hombre solitario de Cliffton, y hasta llegó a gustarme la idea de vivir aquí.

»El Profesor y yo, naturalmente, ignorábamos que ya tenía usted compañía. Y no tengo por menos que felicitarle. Esta mujer es mucho más bonita que yo.

—No, amiga mía —intervino Sandra, modestamente—. Creo que tú eres más bonita. Y, además, perteneces a este mundo, mientras que yo vengo de un mundo donde la belleza física tiene más importancia que aquí, si una no quiere pertenecer toda su vida a la clase primera.

»Y, aparte, eres bonita por dentro. El hecho de venir a comunicarnos lo que ocurre en Phoenix te hace acreedora de nuestra gratitud.

—Yo deseo vivir con un hombre bueno. Sé que no puedo elegir, aunque estaría en mi derecho, habiendo más hombres que mujeres. Pero ellos me imponen su voluntad.

—¡No debemos consentir eso! —exclamó Arthur, furioso—. Ella tiene razón. Es ella quien ha de elegir y nadie puede criticarla. Vasili es injusto en esto.

—¿Me dejáis que hable yo con ella? —suplicó Roy—. Iremos a la biblioteca.

—Sí, claro —concedió Arthur—. Ingeborn también puede disponer de esta casa como si fuese suya. Y si fuese necesario, ampliaríamos el espacio… Déjalos, cariño. Creo que la situación se está arreglando para todos.

Ingeborn y Roy Jones se alejaron hacia la biblioteca, mientras que Sandra y Arthur se sentaban ante la ahora encendida chimenea.

—Es muy bonita, sin duda. Creí que las mujeres de este mundo helado eran como Colly Kiwing —dijo Sandra.

—Dices bien. Muy linda. Y no me hubiese importado traerla aquí, de no haberte conocido a ti.

—Yo tampoco quisiera repartirte con nadie, Arthur —contestó Sandra.

—Te vuelves ambiciosa.

—Un poquito.

—¿Ya no piensas en volver a Tenxio?

—Sí. Me gustaría volver… ¡con muchos hijos varones!

—Habremos de esperar algunos años. Tengo una idea para abrir la compuerta de tu nave.

—¿Cuál?

—Se me ha ocurrido que podríamos llevar allí el transformador de energía ultramagnética. Creo que accionándolo desde distintas posiciones exteriores, podríamos deslizar los resortes que bloquean la compuerta. Fuertes corrientes accionarían todos los contactos sueltos. El láser sólo debió fundir los muelles.

—No sé si dará resultado, Arthur. Lo que sí puedo hacer es explicarte concienzudamente cómo funcionan los cierres de bloqueo y de qué están compuestos. Tú recordarás la acción a que los sometiste…

—De acuerdo. Lo haremos con tiempo. Ahora nos interesa más saber lo que se proponen en Phoenix. Y me alegro que haya venido esa muchacha. Creo que sería una compañera ideal para Roy. Ahora estoy, convencido que no debemos estar solos.

—Eso significa mayor consumo de provisiones. Y hemos de ir pensando en hacer una visita al almacén de Cliffton.

—Iremos mañana… ¡Me gustarla que se arreglaran! —añadió Arthur, señalando hacia la puerta de la biblioteca.

Como si sus palabras hubiesen sido escuchadas por la otra pareja, casi al instante aparecieron en la puerta, sonriendo.

—¿Puede quedarse Ingeborn con nosotros, Arthur? —preguntó Roy.

—¡Naturalmente que sí!

—Pues tendréis que ser testigos de nuestra boda. Ingeborn

quiere cumplir con su deber de mujer y vivir conmigo —contestó Roy, ufano.

Tanto Sandra como Arthur abrazaron y felicitaron a la nueva pareja, celebrándose acto seguido el breve ritual del testimonio matrimonial.

Luego, Ingeborn explicó a Arthur todo lo que, al parecer, se proponía, hacer Vasili.

—Imagino que cuando tenga convencidos a todos los habitantes de Phoenix, vendrán aquí y os conminarán a acatar la jerarquía de Vasili. Si os negáis, os matarán.

—Estamos preparados —contestó Arthur—. No nos pillarán por sorpresa. Yo, en realidad, no tengo nada contra Vasili. Pero no deseo que nadie me imponga su forma de vida, si no me conviene. Baso mi existencia en la libertad y la justicia. Nadie debe seguir a otro involuntariamente. Eso sería volver de nuevo a los antiguos sistemas. Libertad para elegir cada uno su propio camino en la vida. Y acepto el derecho a establecerse donde uno quiera, siempre y cuando tenga medios para subsistir.

»Por eso estimo que si la situación en la Tierra no atiende a mejorar, será necesario ir pensando en otro mundo más adecuado para todos.

—¿Tenxio? —preguntó Sandra.

—La ley de Onk será un inconveniente para todos nosotros, Sandra —replicó Arthur—. Pero deberíamos ir a ver qué ocurre allí. Quizá podamos encontrar entre tus gentes alguna fórmula convencional.

—La única solución para cambiar el sistema de Tenxio —habló Roy Jones— sería que nacieran por igual varones y hembras.

—Ideal, amigo Roy —sonrió Arthur—. En tal caso, tanto nos daría vivir aquí como allí. Pero eso no lo veremos jamás.

—Ni veremos Tenxio —añadió Roy.

—¿Quién sabe? Quizá todo se arregle, al fin.

—Yo no estaría tan tranquila —dijo Ingeborn—. Vasili y sus seguidores pueden venir de un momento a otro.

—Que vengan. Tenemos argumentos para convencerles que enfrentarse a nosotros no es aconsejable. Ahora, lo mejor que podemos hacer es preparar las cosas para celebrar otro banquete de bodas, ¿verdad, Sandra?

— Sí —exclamó Sandra, poniéndose en pie—. Vamos todos a la cocina a preparar los alimentos. Luego bailaremos. ¿No tienes calor, Ingeborn?

La danesa asintió y se despojó de las ropas que llevaba, quedándose en suéter y pantalones. Luego, todos fueron a la cocina donde, en alegre y franca camaradería, aportaron su saber y buen

gusto para disponer el banquete.

Luego, en la mesa, se divirtieron, escucharon música grabada en cinta y discos, bailaron y bebieron.

Ignoraban que su alegría pronto iba a convertirse en tristeza y angustia.

CAPÍTULO VIII

Descendieron del coche, pisoteando el agua que se deslizaba por el piso helado, a consecuencia de la nieve fundida. Tanto Arthur como Sandra iban provistos de piquetas y proyectores láser, para abrirse camino hasta el almacén de Simpson, donde estaba la despensa de Cliffton.

—Muchas veces temo que las provisiones aquí almacenadas se estropeen alguna vez. Sería desastroso para nosotros.

—El frío es de más de veinte grados bajo cero —replicó ella—. No debes preocuparte de eso. Lo malo será el día que empiece el deshie…

Un rumor lejano llegó hasta ellos a través del cielo. Sandra calló y se volvió.

—¿Qué es eso? —preguntó Arthur—. No he oído jamás nada semejante.

—Parece que va en aumento —exclamó Sandra, alarmada.

Arthur tuvo en aquel instante una nefasta premonición.

—¡El «jet», Sandra! El avión que sacaron de Fort Thomas. No sería extraño que Vasili quisiera utilizarlo contra nosotros.

El ruido era cada vez más fuerte. Ahora parecía estacionario, sin subir ni descender. Pero de pronto, se produjo una fuerte explosión que llegó hasta ellos transportada a través del aire frío.

—¡Una bomba! —gritó Arthur, reaccionando y corriendo hacia el coche, detenido a escasa distancia.

Sandra se reunió con él, blanco el semblante.

—¿Crees que…?

—¡No lo sé! ¡Hemos de regresar inmediatamente a la casa!

Arthur maniobró el vehículo, para enfilarlo hacia el túnel practicado bajo la nieve. Nada más arrancar, la vibración del aire debió sacudir algunos puntos inestables del techo precario del túnel, y varios aluviones de nieve y hielo se produjeron frente a ellos.

Fue necesario accionar los fundidores, licuar la nieve y abrirse lento camino para regresar a la carretera. Desde el interior del coche no se podía escuchar el ruido exterior. Además, el sonido aéreo que les alarmó había cesado ya.

Lentamente, lograron abrirse paso entre el agua desprendida de la nieve fundida. Ahora no importaban los alimentos que iban a buscar, sino que les interesaba, primordialmente, regresar cuanto

antes a su mansión y averiguar lo que había sucedido.

Para llegar hasta el cruce de la carretera, emplearon más de media hora. Luego, desde allí, en pocos minutos, alcanzaron la bifurcación y pronto estuvieron en las proximidades de la mansión solitaria.

Como temían, algo debió ocurrir. Encontraron el paso bloqueado por desprendimientos de hielo y nieve y fue preciso emplear de nuevo los fundidores.

Y cuando se derritió el último obstáculo, un grito desgarrador se escapó de sus gargantas. Frente a ellos, la casa de Arthur aparecía casi en ruinas.

Las paredes se habían derrumbado hasta el primer piso, hundido toda la parte superior y desencajadas puertas y ventanas, ante las que habían un montón de escombros.

—¡Roy y su mujer! —exclamó Arthur.

Salieron precipitadamente del vehículo, acercándose al montón de escombros, del que salía una débil columna de humo blanco.

Arthur, con riesgo de su vida, trepó por entre las piedras, empezando a retirar vigas pretensadas y ladrillos. Sandra, con lágrimas en los ojos se reunió con él, subiéndose ambos sobre uno de los muros principales.

La casa estaba totalmente hundida y era improbable que Ingeborn y Roy se hubiesen podido salvar. La bomba o lo que arrojaron desde el avión debió alcanzarles de lleno.

—Es inútil, Arthur… Deben estar muertos ya —musitó Sandra, agarrándose a su brazo, trémula e impresionada—. No creí que Vasili fuese capaz de hacer una cosa así.

—¡Hay mucha maldad en el corazón de ese hombre! —replicó Arthur con rabia infinita—. Pero me vengaré… ¡Esta ofensa no puede quedar impune!

—¿Con qué vas a luchar contra él?

—¡Con las manos, con los dientes, con lo que pueda! No pararé hasta enviarle a otro mundo. ¡Canallas, miserables, rufianes, infames, traidores!

Arthur sentía deseos de llorar ante su rabia infinita. Sabía que bajo aquellos escombros se encontraban dos cuerpos que habían querido vivir en libertad, sin dominio de nadie. Seguramente, la bomba o el cohete iban destinado para él, Arthur Bregg, el único que osó desafiar a Vasili Koslov. Pero el ciego destino eligió otras víctimas.

—Si no vamos hoy a buscar los alimentos, estaríamos debajo de este montón de escombros.

Los dos se miraron. En los ojos de Sandra había lágrimas.

Arthur apretó los puños.

—Es inútil lamentarse ya. Vámonos. Regresaremos a Phoenix.

—¡Será peor, Arthur! ¡Ellos son muchos!

Desoyendo las palabras de su mujer, Arthur descendió por entre las piedras y se volvió, para verla a ella descender también.

—No importa que sean muchos, Sandra. Sólo quiero a uno. El culpable. Ya oíste lo que dijo Ingeborn. El responsable es Vasili… ¡Tengo que borrar hasta su nombre de la faz helada de la tierra! ¡Te lo juro por los hijos que han de nacer! ¡Vamos allá!

Decidido, Arthur se dirigió al coche. Sandra le alcanzó antes de llegar a él, reteniéndole del brazo.

—Por favor, escúchame —suplicó, implorante—. Este mundo es muy grande. Existen muchos pueblos bajo la nieve, donde podemos encontrar refugio. No deseo que olvides esta afrenta terrible que ha costado la vida a nuestros amigos. Pero tampoco deseo que te maten. Lleva, al menos, armas para defenderte. No tienes prisa. En Cliffton pueden haber armas… O en Safford o Duncan. Ahora estás obcecado, Arthur.

—Tu mente razona con claridad, Sandra. Eres más inteligente que yo, lo reconozco. Lo que dices es lo que debería hacer, pero no lo que debo hacer.

»Si yo fuese a Phoenix a sangre fría, deliberadamente a matar, sería un asesino como Vasili y sus amigos. Mi Dios me prohíbe matar; yo mismo sé que no debo matar. Pero estoy obcecado y ciego. Es así como únicamente se debe vengar una injuria.

»¡Ha de ser ahora o nunca! ¿Me comprendes?

Sandra no comprendía. Estaba segura de que Arthur iba a encontrarse con enemigos implacables y despiadados y no quería perder al hombre que amaba con toda su alma.

—No vayas, Arthur, no vayas. ¡Ellos tienen armas y tú no!

—Tengo esto —declaró Arthur, golpeando la pila da láser con la que solía fundir el hielo—. Es suficiente.

Subió al coche y cerró la portezuela. Sandra hubo de correr y dar la vuelta, para abrir la otra puerta y penetrar junto a él.

—Si no hay más remedio, yo te ayudaré, Arthur.

Un instante después, el coche giraba sobre un reducido espacio de terreno para enfilar de nuevo el paso recién abierto en el hielo, y dirigirse hacia la carretera.

Cuando salieron a ella, Arthur fijó la «memoria» del vehículo en dirección a Phoenix y luego se encerró en un reconcentrado mutismo.

* * *

Aquel mismo día, Vasili y sus tres compañeros, Cliff Moorehead,

Andy Swiney y Paul Coon, regresaban también a Phoenix, procedentes de Fort Thomas.

Todos parecían contentos y satisfechos.

—Ya lo creo que funcionó el cohete —iba diciendo Cliff—. Y su orientación fue infalible.

—Yo no pude verlo bien —dijo Paul Coon.

—El cohete descendió vertiginosamente hacia la casa, pulverizándola —explicó Vasili—. Debieron morir sin saber lo que ocurría.

—Nuestros abuelos eran unos tipos estupendos fabricando estas armas tan efectivas.

—Si hubiésemos empleado una bomba atómica, la cosa habría sido más sonora —añadió Andy Swiney.

—¿Estás loco? La explosión podía habernos alcanzado. Además, ¿quién sabe dónde están esas bombas? La cosa ha resultado bien.

Cliff Moorehead también tenía otra «bomba» para arrojar entre todos ellos. Y la lanzó verbalmente:

—¿Y si no se encontraban en la casa?

Todos le miraron sorprendidos.

—¿Por qué no habían de estar allí? —preguntó Vasili, contrariado.

—Podían haber salido para algo. Yo no vi el coche de Bregg.

—Pasamos demasiado aprisa sobre el lugar. Además, había un coche o algo parecido, junto a la casa.

—Era negro —insistió Cliff.

—Podía encontrarse en el garaje.

—Arthur Bregg siempre lo dejaba al exterior.

—Eres un pesimista, Cliff. Estoy seguro de que han muerto todos.

—Estaba pensando en una película que vi el otro día en la sala de proyecciones. Ocurrió algo semejante a esto. Una gran bomba cayó sobre una casa. Iba destinada a una serie de personas determinada. Pero se equivocaron de casa y los sentenciados se salvaron.

—¡Bobadas y ficción, Cliff! Yo estoy seguro de que Arthur Bregg ha muerto y estoy tranquilo. No pensemos más en eso. Ahora debemos trazar planes para el futuro. Liquidado un asunto, vamos a enfrentarnos a otro.

»Estoy deseando saber lo que opinan nuestros gobernados sobre la nueva ley de la poligamia —Vasili dejó escapar una risita—. Es una idea estupenda. Basado en que es necesario procrear más aprisa, los más capacitados tenemos derecho a disponer dé varias mujeres.

—¡Naturalmente que sí! —exclamó Andy Swiney, relamiéndose

—. Y ya le tengo echado el ojo a la mujer de Elvis y a la de Coleman. Lo malo será que a ellos no les parecerá bien.

—Con Elvis tenemos un medio convincente. No le creemos capacitado para tener hijos sanos. Hemos de defender a nuestros descendientes.

—¡Yo quiero cinco noruegas! —exclamó Paul Coon—. Iré a buscarlas yo y elegiré las que más me gusten.

Vasili estaba contento. Sus colaboradores carecían de escrúpulos. Podría librarse de Colly y elegir muchachas más jóvenes y esbeltas. Esto era una satisfacción para él. Además, quería imponer a todos respeto y consideración hacia su persona. Ya había demostrado lo que era capaz de hacer. A sus enemigos los eliminaba, como Arthur Bregg.

Si alguien intentaba protestar le daría a elegir entre irse solo o morir. El mal de Phoenix era que morían pocos hombres. Por eso habían más hombres que mujeres. Además, él necesitaba estudiar cuerpos humanos. Sólo así podía saber cuál era el origen del malestar que tenía en el pecho, desde hacía algún tiempo.

Porque Vasili estaba enfermo y nadie lo sabía. Había leído muchos libros médicos y examinado centenares de películas. Ahora necesitaba examinar directamente un cuerpo por dentro, localizar la región que a él le afectaba y ver el modo de encontrar alivio a sus propia dolencia.

Vasili Koslov era un sádico.

Ingeborn Schultz no se había equivocado al suponer que asesinó a su suegro. Efectivamente, él le mató, ahogándole con una almohada. Luego dijo a Colly que había muerto víctima de un ataque al corazón.

Nadie podía demostrarle lo contrario.

Y la razón de la disputa fue Arthur Bregg, al que el Profesor quería hacer venir a Phoenix para reivindicarle delante de todos y desheredar al cicatero adulador que había sido siempre Vasili.

* * *

De regreso a Phoenix, Vasili fue a su morada, en los principales alojamientos de la Universidad. En la sala encontró a Colly hablando con su hijo mayor, Charlie, un muchacho despejado e inteligente, de siete años de edad.

—¿De dónde vienes, Vasili? —preguntó Colly, poniéndose seria al verle entrar.

—Hemos ido a Fort Thomas a preparar el avión para que los muchachos vayan a la colonia noruega de Bergensjord. El señor Kuhlmen nos avisó que tienen veintiséis chicas entre quince y

dieciséis años.

—¿Qué has decidido acerca de Arthur Bregg?

—Nada. Prefiero dejarle en su soledad. Eso es todo. No me preocupa Arthur.

—Bill ha venido a verme. Preguntó por ti y cómo no estabas…

—No habrá osado tocarte, ¿verdad?

—¡Qué mal pensado eres! Bill es un chiquillo.

—Pero tiene una mente muy exaltada.

—Sí. Me habló de Roy Jones y de vuestra conjura secreta.

Vasili soltó una risita irónica y empujó a su hijo:

—Anda, Charlie. Vete a jugar con tus hermanos a la sala de recreo.

—Sí, papá.

El niño salió y Vasili se sentó delante de su mujer.

—¿Te ha dicho Bill que envié a Roy Jones a matar tu Bregg?

—Sí.

—¿Y te parece mal?

—Ni bien ni mal. Odio a la mujer que está con él.

—Pero él te gusta, ¿verdad?

—¿Te importa eso?

—En verdad, no mucho. Precisamente, pienso traer otra, mujer a casa. Hace dos años que no me das hijos…

—¡No harás eso! —gritó Colly, poniéndose en pie.

Vasili también se levantó y miró a su mujer como no la había mirado jamás. Sus ojos despedían llamas al decir, entre dientes:

—Ahora mando yo, Colly. Tu padre está muerto y enterrado… Y creo que algunos pobres tipos no tienen derecho a la mujer que les dio tu padre… ¡Habemos hombres mejor dispuestos! ¡Se trata de hacer descendientes, una raza mejor, más sana y fuerte!

—¿Te has vuelto loco? ¡No hay mujeres para todos y tú quieres buscarte una concubina! ¡Es lo más disparatado que he oído en mi vida!

—Mira a mis hijos. Me los debes a mí. Son como yo… ¡Y mira los de Blemberg, que parecen sapos!

—¡Estás loco, Vasili; loco de remate! —gritó Colly, fuera de sí—. Iré a contárselo a Bregg y vendrá a matarte.

Vasili soltó una risotada.

—Ya no temo a Arthur Bregg… ¡Le he destruido? Nadie puede atacarme impunemente. No quiero que nadie discuta mis leyes ni se rebele contra mí. Phoenix será la primera colonia de la Tierra, como quería Arthur… ¡Y yo seré el presidente!

Colly pudo al fin reaccionar y musitó:

—¿Qué has hecho? ¿Has matado a Arthur?

—Sí. Tú le querías, ¿verdad? Fue por tu padre que te uniste a

mí. Pero tú hubieses preferido irte con él. No hace falta que digas nada. Lo sé. Siempre le quisiste. Y más aún cuando viste que tenía una mujer más bonita que tú.

—¡Infame, asesino, miserable, cobarde…!

Vasili golpeó a Colly, derribándola. La puerta de la sala se abrió y apareció Charlie, su hijo, que se le quedó mirando con ojos muy abiertos.

—¡Vete de aquí! —le gritó Vasili, furioso—. ¡Vete o…!

El niño no se movió y el hombre fue hacia él, pegándole una patada. El niño cayó al suelo, gimiendo desesperadamente.

Más furioso aún, Vasili, en vez de atender a su hijo, dio media vuelta y abandonó la sala, cruzando el pasillo y refugiándose en su laboratorio de experiencias médicas, donde tenía un armario con abundancia de botellas.

Tomó una de whisky y bebió copiosamente, sin tregua, hasta aturdirse. Luego, se dejó caer en un sillón y se durmió, abotargado por el licor.

* * *

Cuando abrió los ojos, Arthur Bregg estaba delante de él. Le había echado agua al rostro, mojándole las ropas.

Vasili bizqueó, atónito, y luego se pasó la mano por el rostro.

—¿Tú? —exclamó, incrédulo.

—Sí, Vasili. Soy yo… Arthur Bregg. Me creías muerto, ¿verdad?

—¿Cómo has llegado hasta…?

Vasili se detuvo al ver el objeto que Arthur tenía en la mano. Era un proyector láser, capaz de soltar un delgado hilo de luz que fundía el hielo en grandes bloques, podía atravesar una recia plancha de acero y perforar un cuerpo humano como una hoja de acero caliente perfora y corta la mantequilla.

—Roy Jones y su esposa Ingeborn Schultz han muerto en mi casa. Tú lanzaste una bomba sobre ella.

—¡No, Arthur; yo no he sido! —gritó Vasili, aterrado, intentando retroceder en su asiento.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido?

—Cliff Moorehead, Andy Swiney y Paul Coon. Yo les dije que te dejaran en paz, pero no quisieron hacerme caso. Debieron tomar el avión que tienen en Fort Thomas y…

—Bien, Vasili. Sé que me estás engañando, pero quiero suponer que no es así. Iremos a ver a esos hombres. Hablaremos con ellos y tú estarás delante. Entre todos, sacaremos la verdad.

»Levántate, Vasili.

El cobarde no concebía que Arthur Bregg pudiera estar vivo. La

cabeza le daba vueltas y no coordinaba correctamente. Pero se levantó. Arthur se apartó, sin dejar de apuntarle con el proyector láser, como dispuesto a presionar el disparador que había de soltar la descarga de luz desintegrante.

—No intentes engañarme, Vasili. Vas a tener que decir la verdad delante de todos… ¡Y dirás también lo que dijiste a Colly!

—¿Qué dije a Colly? ¡No sé de qué hablas!

—He hablado con ella. Estaba llorando. Me dijo que ibas a quitar a otros su mujer para quedártela tú. No creí que cayeras tan bajo.

—¡Ella no te ha dicho nada!

La puerta del laboratorio se abrió, apareciendo Colly y Sandra. Esta última llevaba en la mano otro proyector láser.

—¡Canalla, embustero y cobarde! —gritó Colly, descompuesto el rostro—. Tú me dijiste que habías aniquilado a Bregg… ¡Tú me dijiste que ibas a traer otra mujer contigo! ¡Tú me pegaste y pegaste a Charlie, causándole una herida interna!

Vasili se volvió a Arthur. Tenía los labios apretados y sus ojos llameaban.

—No la creerás, ¿verdad, Arthur? Colly me odia.

—¡La creo, maldito! —Sin poderse contener, Arthur lanzó fuertemente su mano izquierda al rostro de Vasili.

El golpe fue tan tremendo que el infame se vio lanzado contra una mesa del laboratorio, volcándola y cayendo a su vez al suelo, entre una serie de frascos, recipientes de ensayo, probetas y botellas que contenían los más diversos ingredientes químicos.

—¡Si pronuncias una mentira más te mato, Vasili! ¡Levántate!

Vasili miró al furioso Arthur y no se movió. Tenía una mano a la espalda y había agarrado un frasco cuyo contenido ignoraba. Estaba esperando un descuido de Arthur para lanzarse contra él y defender su vida.

Arthur era más fuerte que él. También más alto y musculoso. Pero Vasili sabía que no podía esperar clemencia de su adversario y se dispuso al ataque, dispuesto a matar.

El proyector que empuñaba Arthur, sin embargo, le intimidó.

—Te sientes muy fuerte porque estás armado y yo no —musitó.

—No necesito nada para aplastarte, miserable —gritó Arthur, cuya furia le hizo ser irreflexivo y arrojar el proyector al suelo—. ¡Levántate y demuestra que tienes algo de hombre, gusano abyecto!

Vasili aprovechó la ocasión y se movió, arrojando la botella al rostro de Arthur, no alcanzándole por verdadero milagro. Pero detrás del objeto, se levantó y saltó al cuello de su adversario, con deseos de estrangularlo.

Sandra y Colly gritaron en la puerta.

Y alguien llegó corriendo por el pasillo, atraído por las voces fuertes. Era Cliff Moorehead y llevaba en las manos un arma electrónica de terrible potencia, capaz de desintegrar a una persona de un disparo.

Cliff acudía en ayuda de su cómplice…

CAPÍTULO IX

—¡Quietos! —rugió Cliff, empujando a un lado a las dos mujeres y apuntando con el desintegrador a los dos hombres que forcejeaban tenazmente dentro del laboratorio—. ¡Quieto o disparo, Arthur Bregg!

Sandra estaba poco habituada a la violencia. Procedía de un mundo donde nadie había atacado jamás a un semejante, sometidos siempre a la ley de Onk, único Dios y Jefe de todos los habitantes de Tenxio.

Su horror, sin embargo, no fue lo suficiente para dejarla inmóvil.

Comprendió que Cliff era capaz de cumplir su amenaza. Y, presintiendo que Arthur estaba en peligro, se lanzó sobre el otro sujeto, golpeándole con ambas manos para hacerle soltar el arma que empuñaba.

Cliff se revolvió contra ella y de un manotazo violentísimo la lanzó al suelo. No pudo, empero, librarse de la furia de Colly Kiwing, la cual le embistió con las manos engarfiadas, hundiéndole las uñas en los ojos.

Cliff Moorehead emitió un alarido y golpeó a Colly con el arma que llevaba en la mano, abriéndole una herida en la frente. Pero, ciego de dolor, sangrante el rostro y enajenado por completo, apuntó a Colly y disparó el desintegrador.

Se produjo un fogonazo terrible y Colly desapareció en medio de un espantoso olor a carne quemada, que obligó a Cliff a retroceder, todavía no muy consciente de lo que había hecho.

Sandra, en el suelo, utilizó su proyector láser. Estaba horrorizada ante lo que había visto. Tenía que eliminar a Cliff o éste les mataría a todos.

Apuntó sin mirar y pulsó el botón. Cliff se volvía ya hacia ella, para disparar de nuevo su desintegrador electrónico, pero el rayo láser fue mucho más rápido, perforándole el pecho y haciéndole emitir un infrahumano rugido.

Retrocediendo unos pasos, surgiéndole la sangre a borbotones del pecho, Cliff Moorehead dejó escapar el arma y pareció como si quisiera agarrarse al aire. Como no encontró asidero, se desplomó pesadamente al suelo, donde quedó muerto.

Dentro del laboratorio, Arthur y Vasili continuaban pegándose con una saña desesperada y siniestra, sin vacilar en medios,

utilizando manos y piernas y cuantos objetos habían a su alrededor que pudieran causar daño a su adversario.

Sin embargo, Vasili era quien llevaba la, peor parte, aunque también quien utilizaba las peores tretas.

En una ocasión, estando en el suelo, logró zafarse de Arthur, empujándole y haciéndole caer. Se incorporó el primero y se lanzó hacia el rincón donde Arthur arrojó su proyector. Y hasta llegó a agarrarlo. Pero no pudo volverse.

Arthur saltó sobre él y le sujetó los brazos hercúleamente.

—¡Suelta eso, cobarde! ¡Suéltalo o te desnuco!

Vasili forcejeó para volverse, mientras el otro le golpeaba con la barbilla en la nuca, doblándole cada vez más para imposibilitarle todo movimiento. Y de pronto le soltó con lo que Vasili se revolvió como una pantera herida, para disparar el arma.

Arthur lo había hecho intencionadamente. Con la mano izquierda le apartó el proyector y con la derecha, simultáneamente, le descargó un tremendo gaucho que terminó con la resistencia de Vasili, cuya cabeza pegó rudamente contra la pared, dejándole aturdido por el doble golpe contra puño y muro.

Antes de que pudiera reaccionar, Arthur le había arrebatado el proyector y, agarrándole del cuello, le empujaba hacia el exterior.

—Ahora me presentarás a tus cómplices. Te las verás con todos tus compañeros y sabrán de tus propios labios qué clase de víbora venenosa eres.

—Piedad, Arthur… No me pegues más…

En la puerta, demudada el rostro, se encontraba Sandra.

—Él… Ha empleado esa máquina contra Colly… Se produjo un fogonazo y…

Algunos estudiantes de la Universidad llegaban corriendo por el pasillo. Era evidente que habían escuchado el estruendo y acudían para evitar que alguien sufriera daño. Sin embargo, ya era tarde.

Arthur empujó al aturdido Vasili hacia ellos y declaró:

—Ved a este hombre. Quería ser vuestro jefe y es un asesino cobarde. Él, Cliff Moorehead y otros tomaron un avión de Fort Thomas y lanzaron una bomba sobre mi casa. Yo no estaba allí y por eso han muerto sólo Roy Jones y su esposa, Ingeborn Schultz.

»¿Qué hemos de hacer con él?

Entre los estudiantes se hizo un silencio sobrecogedor. Todos parecían aterrados por la revelación.

—¿Quiénes iban contigo, Vasili? —insistió Arthur.

—Andy Swiney y Paul Coon.

—Si sois seres responsables y conscientes de vuestro deber, id a buscarlos —continuó diciendo Arthur—. Yo os explicaré lo que ha ocurrido. Hemos de hacer verdadera justicia.

Nadie se movió. Parecían todos anonadados.

Ante aquella pasividad, Sandra intervino, diciendo:

—Ese hombre que veis ahí, cuyo nombre es Cliff Moorehead, ha disparado su arma contra Colly, pulverizándola. Quería también matarme a mí y a Arthur. Es el cómplice de Vasili.

—¿Eres tú la mujer extraterrestre? —preguntó un joven.

—Sí. Yo vivía en un mundo donde no estaba permitido la violencia. Allí nadie envidiaba a los demás, aunque otros tuviesen mejores tratos y consideraciones.

—¡Dejaos ahora de eso! —gritó Arthur—. Hemos, de juzgar a Vasili y a sus cómplices.

—Nosotros no podemos juzgar a nadie, Arthur Bregg —añadió otro estudiante—. Ni siquiera sabemos de parte de quién están la razón y el derecho.

—Esto podemos aclararlo inmediatamente —siguió diciendo Arthur—. Haced venir a los compañeros de Vasili y que se defiendan. Yo los acusaré.

Los estudiantes se miraron entre sí. La idea pareció ser bien acogida. Se trataba de dar a todos la oportunidad de hablar, acusar y defenderse. Aquello parecía lícito.

—Bien, iremos a traer a Andy y Paul. Llamaremos a toda la colonia —dijo uno.

* * *

Se utilizó el paraninfo universitario, a donde acudió en breve tiempo toda la comunidad. Tomando asiento lo más cerca posible del estrado presidencial, ante el que se encontraban Arthur Bregg y Vasili. A éste le habían puesto unas tiras de tafetán en el rostro y parecía una máscara.

Cuando estuvieron todos reunidos y se hizo el silencio entre los asistentes, Arthur Bregg señaló a Vasili y dijo:

—Yo acuso a este hombre de asesinato, ambición, felonía, traición y maldad.

—¡Eso es falso! —gritó Vasili—. Aquí todos me conocen. Soy el heredero del digno Profesor Kiwing, su hijo político. ¡Y tú eres un renegado que siempre nos has odiado, prefiriendo vivir en la soledad a compartir la compañía de tus semejantes!

—Me alejé porque repudio la injusticia. No dudo que tu suegro fuese una excelente persona. Pero tú eres un auténtico canalla… Oídme bien todos. Quiero que seáis testigos de cuanto voy a decir. Quiero que escuchéis mi acusación contra este hombre y sus dos cómplices, a los que veis ahí, sentados en primera fila. Mirad también a mi esposa Sandra, que vigila a esos hombres para que no

cometan ninguna traición.

»Os diré lo que han hecho estos individuos y lo que pensaban hacer…

—¡Tú no puedes estar dentro de mis pensamientos! —gritó Andy Swiney, poniéndose en pie.

—Colly Kiwing me dijo, antes de ser muerta por Cliff Moorehead, lo que dijo su esposo —contestó Arthur.

—¡Mentira! ¿Dónde está Colly?

—Cliff la mató.

—¡También es mentira! —añadió Vasili—. La mató tu mujer, que es tan abominable como tú.

—Quiero ser justo, Vasili —replicó Arthur, haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerse—. Y me está resultando difícil. No sé si podré contenerme y no matarte a golpes.

—¡Hazlo! Así se darán cuenta todos de la clase de persona que eres. Hay aquí algunas mujeres que no te conocían todavía.

—Ni a ti tampoco.

—Así no iremos a ninguna parte —declaró un hombre de edad, poniéndose en pie—. Es preferible que hable uno primero.

—De acuerdo, señor Blemberg —dijo Arthur—. Yo formularé mi acusación y luego que él se defienda. Ustedes harán de jueces. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, Bregg. Hable.

Arthur miró a Vasili y le señaló con el dedo.

—Vasili Koslof discutió con su suegro poco antes de la muerte de éste. Ingeborn Schultz me lo dijo y sospechaba que él debió matarle.

»Vasili Koslov me odiaba y odiaba a la mujer que vivía conmigo. Es un hombre ambicioso y cobarde. Está poseído del deseo de mando, para hacer su maligna voluntad.

»Me consta que su esposa Colly me quería a mí.

Y mientras yo disputaba con vosotros por ella, como Jack Emerson recordará muy bien, él consiguió del Profesor con adulaciones y halagos, que le diera su hija.

»Entonces sólo había ocho mujeres en Phoenix y Colly era la más joven.

»Yo vi la injusticia en ello y decidí volver a la soledad de Cliffton. No tolero ni toleraré jamás la injusticia.

»Más tarde encontré a Sandra en la carretera. Estaba sin sentido y yo me encontraba enfermo. Vasili me había dicho que iba a morir, y no estoy seguro de que fuese cierto, porque es un mal médico. Sandra me dio a tomar un medicamento suyo y sané.

»Un día vinieron a verme Vasili, su esposa y Cliff Moorehead. Conocieron a Sandra y me dijeron que el Profesor tenía una joven muy bella para mí, a la cual rechacé.

»Intuí que pretendían quitarme a Sandra, a la que quiero más que a mi vida, e hice algo de lo que no estoy arrepentido. Fui al lugar donde estaba la nave de Sandra e intenté inutilizarla para que mi esposa no pudiera irse de mi lado.

»Vasili y Cliff Moorehead fueron a buscarme. Sufrí un desvanecimiento a causa de un intenso ruido y me devolvieron a mi morada. Luego se fueron. Vasili y yo discutimos.

»Pues bien. Debido a eso, Vasili reunió a sus amigos e hizo una conjura. Les dijo que debían matarme y utilizar a Sandra para ir en su nave hasta Tenxio y conseguir mujeres para todos. Sabían ya que las hermanas de Sandra son bellísimas, como todos podéis juzgar por ella misma.

»Ignoro si se hizo trampa en el sorteo siniestro, pero tocó a Roy Jones el ir a matarme. Le dieron un arma desintegrante y le enviaron a mi casa. Cuando Roy llegó, estaba yo tan abatido por el abandono de Sandra, que no me importó la muerte. Es más, de no haber sido por Roy, yo mismo me habría quitado la vida.

»Roy me dio esperanzas, fue a Buscar a Sandra, la trajo de nuevo a casa y todo cambió para mí súbitamente. Sentí deseos de vivir y de luchar.

»Luego vino a vernos Ingeborn Schultz, a la que Vasili había prometido a Roy. Yo fui testigo de su matrimonio, como Roy fue del mío con Sandra. Queríamos vivir allí, en Cliffton, felices, y fundar nuestra propia colonia, basada en la justicia y la libertad.

»Pero este hombre maldito y su grupo de ambiciosos amigos tomaron un avión en Fort Thomas y lanzaron una bomba sobre mi casa, matando a Roy Jones y a su esposa.

Un rumor que no presagiaba nada bueno para Vasili y sus amigos se extendió entre todos los reunidos en el paraninfo. La opinión empezaba a extenderse. La verdad salía a la superficie.

Vasili comprendió que estaba perdido y gritó:

—No le hagáis caso. ¡Miente! ¡Quiere perderme y perderos a todos! ¡Ha debido de ser él quien matase a Roy Jones! Yo no le envié a matar a Bregg. Cliff, Andy, Paul y Bill estaban delante cuando se acordó enviarle a convencer a Bregg de que debía unirse a nosotros para…

—¡Silencio! —gritó Arthur—. Todavía no he terminado. Recuerden todos que primero hablaría yo y luego él.

»Sandra y yo estábamos en Cliffton, donde habíamos ido a buscar provisiones, cuando oímos el ruido del avión y la explosión. Regresamos inmediatamente a casa y la encontramos convertida en escombros.

»La furia me dominó y juré tomar venganza. Por eso vine. Busqué a Vasili y su mujer me dijo que había discutido con él. Colly

confesó toda la verdad. Sabía que Vasili era un canalla. La había maltratado igual que a su hijo Charlie, a quien ha dejado malherido a causa de una patada.

»Vasili confesó a su mujer que me había aniquilado. Y dijo más. Afirmó que iba a promulgar una ley permitiendo la poligamia. Él y sus amigos querían para sí varias mujeres, mientras los demás se quedaban sin ninguna.

»El poder le había cegado ya…

—¡Mentira, mentira! —rugió Vasili—. No tiene pruebas de nada. Todo se lo ha inventado para influir en vosotros. Esa mujer mató a Colly y a Cliff Moorehead. Es un engendro del diablo. Ha envenenado la mente de Arthur Bregg.

Vasili se detuvo y abrió desmesuradamente los ojos. Todos los presentes se volvieron a mirar hacia donde miraba el fatídico Vasili. Y pudieron ver la insegura figurita de un niño que había empujado la puerta del paraninfo y avanzaba por el pasillo central hacia el estrado.

Era Charlie, el hijo de Vasili, y parecía ir a caer al suelo de un momento a otro. Sin embargo, no cayó y se acercó a donde estaba su padre. Allí extendió la mano y dijo:

—Lo he oído todo… Estaba escuchando detrás de la puerta… El único que dice mentiras aquí eres tú, padre… ¡Tú pegaste a mamá y me pegaste a mí!

»Yo te oí decir que ibas a traer otra mujer a casa. Te oí decir que habías matado a Arthur Bregg.

Pero también sé que mataste al abuelo… ¡Yo estaba debajo de la cama cuando discutiste con él y le ahogaste, poniéndole una almohada sobre la cara!

Las palabras del niño causaron un verdadero revuelo en la sala.

La gente se puso en pie, consternada, y Vasili, gritando de rabia y frustración, se abalanzó sobre su hijo con malévola intención. Arthur le sujetó y pudo golpearlo, derribándole, a la vez que otros estudiantes agarraban a Andy Swiney y a Paul Coon, que pretendieron escapar.

* * *

Vasili Koslov y sus compañeros fueron encerrados en una casa aislada, a las afueras de Phoenix. Estaban sentenciados a muerte y el frío y la soledad pronto acabaría con ellos.

Ésta fue la inapelable sentencia dictada por el tribunal popular.

—Sin calor, ni ropas ni alimentos —dijo el señor Blemberg, severamente—. Se les encerrará y el frío se encargará de ellos.

Así se cumplió.

Luego, en Phoenix se celebraron numerosas consultas. El señor Blemberg se cuidó de los cinco hijos de Vasili. Éste fue el primer acuerdo.

Luego se nombró un jefe de alcalde, cuya misión consistía en velar por los intereses de todos. Se convino que sería con carácter electoral. Y su mandato no podía durar más de cuatro años. Estaría ayudado, sin embargo, por una comisión ejecutiva, entre la que debía existir unanimidad o bien una mayoría de votación secreta.

Arthur Bregg declinó ser nombrado alcalde y tampoco quiso pertenecer a la comisión. En cambio, pidió ayuda a todos para que le apoyaran en una petición insólita:

—Deseo instalar una casa provisional, en el lugar donde está la nave de mi esposa. Podemos hacer una casa sólida, bien acondicionada y provista de un buen laboratorio electrónico. Mi intención es trabajar allí, a fin de abrir la entrada de la nave.

Recibió toda la ayuda necesaria. Se trazaron los planos de la casa, que no sería muy grande, pero sí sólida y bien dispuesta para resistir las bajas temperaturas, y también se le proveyó de alimentos y los aparatos que él pidió.

Inmediatamente, cincuenta hombres se pusieron al trabajo, mientras que un grupo se trasladó a Fort Thomas, a fin de realizar estudios aeronáuticos para poder ir a Noruega en busca de las veintiséis mujeres que en una colonia de allí disponían para ellos.

La nueva casa de Arthur Bregg propio estuvo acondicionada. Se abrió una zanja hasta la carretera y los vehículos se encargaron del transporte de los materiales. Pronto se iniciaron los trabajos, instalándose la nueva casa a unos cien metros de donde estaba situada la esfera negra, la cual fue contemplada por todos los moradores de Phoenix.

Sandra, por su parte, explicó a Arthur el mecanismo de cierre, cosa que no era fácil, ya que los «tenxios» poseían una técnica muy complicada.

Sin embargo, Arthur estaba dispuesto a emplear todos los procedimientos conocidos y por conocer, a fin de abrir la compuerta y reparar los desperfectos que pudiera tener la nave esférica.

—Iremos a Tenxio, Sandra. No sé cuándo, ni cómo, pero iremos. A este trabajo dedicaremos todo nuestro esfuerzo. Esta nave nos puede salvar a todos. Estableceremos un puente cósmico entre tu mundo y el nuestro y estoy seguro de que la humanidad recibirá una gran ayuda de tu mundo.

—Habremos de salvar muchas dificultades, Arthur.

—Lo sé. Pero tengo ansias de lucha… He luchado por ti y lo seguiré haciendo hasta el fin de mis días…

* * *

Aquella operación, dedicada a rescatar la nave espacial, habría de durar varios años. Durante aquel tiempo, Sandra tuvo cuatro hijos… ¡Y todos fueron varones!

Su dicha no podía ser más completa. Y la de Arthur mucho más. Hizo venir a un auténtico médico de la colina rusa de Ugulsk, y los pequeños fueron estudiados con todos los cuidados posibles.

Al final, el veredicto fue formidable:

—Estos niños son perfectos… Hasta diría que poseen una constitución superior a la normal.

Esta noticia confirmó la teoría de Sandra. Su raza y la de Arthur, no sólo se complementaban, sino que se perfeccionaba notablemente, naciendo hijos de una salud envidiable y una constitución física perfecta.

Pero la felicidad no terminó aquí.

Un, día, trabajando en el hangar que habían levantado en torno a la nave esférica, y empleando un juego de potentes electroimanes, Arthur logró abrir la compuerta de la nave.

Su grito debió de llegar hasta donde estaba Sandra con los niños, porque, a los pocos minutos, ella acudió a su lado. Y ante lo que vieron sus ojos, echó los brazos al cuello de su esposo y gritó:

— Al fin, Arthur. ¡Al fin lo hemos conseguido!

La compuerta estaba abierta, y su extraño interior se ofrecía a Arthur Bregg como una promesa de liberación para toda una raza sumergida en frío.

No replicó y avanzó lentamente hacia la entrada de la nave.

FIN